



20 FINALISTAS DEL II CONCURSO DE CUENTOS PARA JÓVENES



Autores varios

Título del libro: 20 finalistas del II concurso de cuentos para jóvenes

Edición 2023. Santiago de Chile – Región Metropolitana 2023.

106 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN Obra independiente: 978-956-7247-92-9

Materia: 863CH - Novelística chilena Tipo de Contenido: Cuento

Índice

6

PRIMER LUGAR. CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
LA SUMA DE TODOS LOS ÁNGULOS

11

SEGUNDO LUGAR. CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
TÍTERE

16

TERCER LUGAR. CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
COMO DOS GOTAS DE TÉ

20

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
TÍTULO: EL ARIA QUE AÚLLA

24

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
EL LIENZO DE LOS COLORES DEL ESPECTRO

28

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
LA RACIÓN DE HOY

31

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
TOMO II

37

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
EL ESPEJO

41

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
HERMOSA DAMA

44

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA I: 15 - 18 AÑOS
SUENA EL DESPERTADOR

47

PRIMER LUGAR. CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
EL BEBÉ GORILA Y EL MONJE

54

SEGUNDO LUGAR. CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
EL PESCADOR

60

TERCER LUGAR. CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
EL VERANO DE TOZZI

65

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
NUESTRA FOTO ESTÁ MALDITA COMO EL CUADRO
DEL NIÑO QUE LLORA

70

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
MAL AGUERO

76

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
SI TÚ NO ESTÁS, YO TAMPOCO

82

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
JOHNNY CIENTO PESOS

87

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
POLVO

94

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
ESPECTADOR

100

MENCIÓN HONROSA CATEGORÍA II: 19 - 25 AÑOS
NOCHE DE PESADILLAS

Introducción

Desde tiempos remotos de la historia, los cuentos han formado parte de la enseñanza y educación del hombre, llevándonos a dimensiones lejanas e ideales; haciendo que soñemos y logrando, además, el desarrollo de nuestra mente, nuestro lenguaje y, sobre todo, de nuestro espíritu.

Como Extensión Cultural de la Universidad Andrés Bello hemos querido fomentar esta forma de expresión de los jóvenes de 15 a 25 años, con la cual, a través de posibilidades como esta, pueden soñar, pensar, y comunicarse libremente gracias a de la literatura. Recibimos cerca de 600 cuentos de alumnos de todas las regiones de Chile lo que nos permite conocer y entender un poco más las distintas realidades de los jóvenes a lo largo de nuestro país.

Agradezco al jurado de nuestro II Concurso de Cuentos, por su enorme trabajo y dedicación al revisar este gran número de escritos. A Jorge Cáceres R. Doctor en Literatura (PUCV), actualmente director de la carrera de Licenciatura en Letras de la Universidad Andrés Bello, Paulina Jara Straussmann - educadora y escritora, y Nicolás Roman Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, profesor asistente de Licenciatura en Letras UNAB.

Felicitemos a todos esos jóvenes que participaron, que se atrevieron y que compartieron con nosotros sus sueños, ideas y pensamientos. Gracias por permitirnos conectarnos con ustedes a través de un espacio creativo, libre y lleno de imaginación. Como decía Gustave Flaubert, “El arte de escribir es descubrir en qué crees”.

Pero ningún premio puede ser más satisfactorio para nosotros, más emprendedor, y más comprometido con nuestros jóvenes escritores, que permitir que un cuento termine en donde todo autor quisiera plasmar su creación, el lugar al que cualquier cuento quisiera llegar: impreso en un libro de la mano de su creador. Ese premio es nuestro máximo orgullo: la impresión de este libro con los 10 mejores cuentos de cada categoría.

Felipe Karadima Skarmeta
Director Extensión Cultural
Universidad Andrés Bello

I

Primer Lugar

Categoría I: 15 - 18 años

Martín García

VIII Región del Biobío

Título: La suma de todos los ángulos

Mi querida abuelita creía poseer la propiedad de casi todos los libros que caían en sus manos, y acostumbraba a autografiarlos a la vuelta de la tapa cada vez que encontraba alguno por ahí. Mi abuelo y ella tenían la casa llena de libros. Uno diría que eran estos los ladrillos que soportan la estructura de la vivienda, y quién sabe si fueron también los mismos los cimientos de su largo matrimonio. Por décadas, su volumen creció en progresión geométrica, ocultando aquellos primeros libros que los unieron como compañeros desde jóvenes, bajo rumas y rumas de páginas compradas a través de toda una vida.

Muy posiblemente fue así, porque cuando hubo que desocupar la casa, miles de ejemplares brotaron desde todos los rincones de la morada. Al final de esa época, mi abuela ya transitaba los arcos del olvido, mientras que su esposo aún conservaba perfectamente la memoria. Pero en uno de los claros de su esfera mental; de la que emergía, a veces, un haz de lucidez, ella me encargó que le buscara un libro en particular, de entre los centenares de su biblioteca polvorienta.

Pero del libro me gustaría hablar más adelante, pues, si bien no parecía contener

nada especial, sé que de algún modo conectaba a mis dos queridos abuelitos de una manera que yo, por aquel entonces, vislumbraba apenas tangencialmente.

“Geometría Descriptiva”: así se llamaba ese excéntrico ramo que padecían los nocturnos estudiantes de arquitectura, en esos años en que el trabajo se realizaba sentados frente a un tablero de dibujo, trazando complejos planos con estilógrafos a tinta china. Excéntrico porque, según decían mis abuelos, trascendía la expresión geométrica común; la que entiende todo el mundo: de cuadrados, círculos y triángulos, para hacer foco en otra dimensión diferente y desconocida.

Juntos, siendo estudiantes, mis abuelos debieron proyectar sus esfuerzos por superar las barreras de ese ramo espantoso y, para hacerlo, nació entre ellos una especie de lenguaje común. Pero otra vez me adelanto.

Todavía no se habían conocido; faltaba aún una década para ello, cuando mi abuelo, entonces un joven quinceañero con sensibilidades plásticas, manifestó un vago anhelo de estudiar para ser arquitecto. Su tía Zulema —que era de esas entusiastas

que, al no tener hijos, ponen todo su corazón en los de sus hermanos— pidió consejo a un prominente ingeniero amigo suyo, y este le recomendó regalar a su sobrino, futuro constructor, determinado compendio de geometría. Mi abuelo recibió feliz el libro cuyo contenido, sin embargo, no logró captar. —A esa edad yo no entendía nada de “Geometría Descriptiva”—, me contó mi abuelo una vez que le pregunté por la historia. Confesó que, en aquel tiempo, también le apasionaba la poesía. Se acordaba de los primeros versos de un largo poema que escribió en la última hoja del libro: “Ojalá la intersección de la vida, donde converjan nuestros destinos, se iguale en belleza a tu figura y al prisma de tus ojos finos”, se hallaba anotado en la página de respeto, antes del encuadernado.

Pronto comenzaría la increíble parábola de aquel compendio de geometría. Pues el libro, con el poema oculto, ocupó coordenadas desconocidas en el universo de mi abuelo.

—Se lo llevó Horacio—, dijo mi abuelo—, hijo de una amiga de mi mamá que empezaba a estudiar dibujo técnico. Así que entre ella y la tía Zulema le encajaron prestado el libro, y yo no tuve idea. Sólo lo eché de menos varios años después, cuando

yo mismo ingresé a la facultad.

Me relató que, con el tiempo, logró despejar las aristas misteriosas de un viaje inscrito en la interrogante matemática más insólita. Después de todo, ¿qué probabilidades existían de que, tras una década de periplos desconocidos, el manual de geometría volviera a sus manos, tomando, de algún modo inextricable, la hipotenusa de la vida?

Horacio perdió el libro durante un viaje de estudios a Roma, mientras captaba en un croquis el cuadrilátero del Coliseo. Lo dejó sobre un bloque de piedra rectangular y cuando se percató de su ausencia ya era muy tarde. El volumen halló su propio destino derrotero y desconocido, porque fue capaz de regresar a América, esta vez en el equipaje de una joven alumna de intercambio quien se lo prestó a un compañero que le gustaba. A punto de titularse, aquel estudiante dio buen uso al ejemplar antes de venderlo— olvidada la italiana— en una librería de segunda mano. Ahí ganó polvo un buen tiempo, hasta que cayó en manos de un rígido matemático, de esos de una sola línea y ninguna variación. Presionado por su esposa, el hombre no tuvo otro camino y se llevó el libro. Según sé, la señora

Plaza (así firmó ella el compendio) leyó el poema y quedó tan impresionada que se abalanzó, como una recta, llena de un amor renovado, sobre su marido. Quizá nunca supo que ese poema no fue escrito por su esposo el matemático y, probablemente tampoco supo qué fue de aquel libro. Este inusual arrebató de pasión espantó al señor Plaza quien, inflexible, se deshizo del compendio apenas le fue posible.

El círculo aún no se cerraba. Plaza se lo entregó al inestable galán Aristides Neuswander, quien transitaba por la vida como una línea curva en el papel. Hijo menor de un acaudalado hombre de negocios, Aristides poseía una de las estrategias de conquista más rebuscadas e ineficaces que la literatura universal ha podido rescatar. Con base en esta, solía cortejar a las jóvenes que le atraían, revistiéndose de aquel conocimiento que lo diferenciaba del común de los mortales: cuando le gustó una estudiante de medicina, Aristides hurtó de la biblioteca de su tío médico un ejemplar que contenía los juramentos de Hipócrates, sin traducir del griego antiguo. En otra ocasión, la desafortunada estudiante de historia, cuyas formas habían capturado su mirada, recibió de parte de este audaz conquistador

Monumentos de Egipto y Nubia, de un tal Champollion, sobre las pirámides y sus recovecos. Incluso, según logró indagar mi abuelo, cuando las directrices de la vida cruzaron a Neuswander y a una futura profesora de lenguaje, este, convencido de que tras la lectura de sus páginas ella hallaría toda la pasión que a él le faltaba, le regaló un antiquísimo manual de lenguas romances indoeuropeas. —Yo creo que él ni siquiera hojeó alguno de esos libros—, reflexionó mi abuelo—, pero nunca tuve oportunidad de preguntar.

La “Geometría Descriptiva” seguía torturando a los estudiantes de arquitectura, al igual que el maestro que llevaba adelante el ramo, cuyas exigencias sometían a los alumnos a crecientes estados de ansiedad. En la primera clase en la que mis abuelos coincidieron, el profesor propuso un trabajo en grupo: una estructura en tres dimensiones. Y, tal vez, el mismo azar que devolvió al libro desde Europa, los unió tras un sorteo en clases y los obligó a trabajar juntos como equipo, sin saberlo aún, para toda la vida.

Mi abuelo lo reconoció siempre: La idea le gustó desde un principio, pero no logró destacar en la cúpula del grupo de

trabajo que integraba mi abuela, entre los otros estudiantes. Aunque le pareció recibir algo de coquetería de su parte, nunca estuvo seguro, y mi abuela ya no se acuerda. Mientras el equipo buscaba la piedra angular para resolver el problema espacial que se les había encomendado, el interior distraído del abuelo recorría otras clases de métrica cuando miraba oblicuamente las curvaturas de aquella geometría femenina. De joven, mi abuela había sido muy pretendida por otros hombres que buscaban, perimetralmente, atraer la mirada de aquella mujer bella. Algunos le traían regalos que ella aceptaba con amabilidad, sin decir nada más. Inalcanzable como la cima de un despeñadero recto, solían caer silenciosamente los galanes ante su gentil indiferencia.

Así que la sorpresa descomunal de mi abuelo, cuyo material edificó gran parte del romance inicial con mi abuelita, nació justamente del derribo de esos muros. Y es porque, pese a que ella no parecía notarlo de manera directa, él detectaba cómo, durante las discusiones sobre el proyecto y sus soluciones, ella asentía sutil cuando él opinaba. Puede ser que esto lo envalentonara porque, cuando se sintió

apreciado, se atrevió y recitó los primeros cinco o seis versos de un poema escrito en un libro perdido, provocando un suspiro sincero en las damas presentes, y sordera temporal en los varones.

No fue sino hasta que la clase hubo terminado, y mi abuelo caminaba rumbo al paradero para tomar el bus a casa, que el timbre de una bicicleta cercana lo sobresaltó. Al volverse, la descomunal sorpresa bajó de la bicicleta y se acercó hasta él apresurada. De este modo, sus destinos se cruzaron por primera vez.

Si bien muchas veces oí la historia, su eco aún inspira mis más gentiles recuerdos de los abuelos. Y aunque el misterio acompañará por siempre las siguientes líneas del poema, dejé hace tiempo de buscar su sentido angular en aquel libro que me pidió encontrar mi abuela. Lejos, en la pendiente del tiempo, ambos transitan ya una ruta perpendicular a la vida, la misma que nos espera a todos en la descripción geométrica del destino. Como sucedió aquel día, cuando la joven bajó de la bicicleta y con una sonrisa inolvidable que todavía ocupa cada página que fue de ellos, le dijo a mi abuelo: —creo que tengo algo que te pertenece.

II

Segundo Lugar

Categoría I: 15 - 18 años

Jenmyzher Hernández
Región Metropolitana de Santiago
Título: Títere

Nubes delicadamente posicionadas, hechas con la suficiente firmeza para resistir las estrellas colgadas a ellas. Estructuras elaboradas de metal, imitando árboles. Grandes engranajes cubriendo la visión al cielo: una bóveda dividida en franjas de tonalidades frías que otorgaban la imposibilidad de saber si era de día o de noche... ¿o esos términos siquiera existían para este pequeño mundo? Su paisaje inerte era hermoso para aquellos ojos ajenos que se entretenían viendo la vida bajo su control.

Los engranajes comenzaron a sonar tras un estruendo y las piedras del alma, ubicadas al centro de aquellos “árboles”, adquirieron su brillo característico. Había comenzado.

Un estrépito me sacó de mis pensamientos. ¿Cuánto tiempo había pasado? Saqué mi reloj de bolsillo: habían pasado dos horas. Me dirigí a la salida de la biblioteca. Hoy había leído sobre una historia en la que los aurybor se llamaban árboles, y estos tenían vida. Poseían algo llamado hojas, que eran verdes y su estructura principal, llamada tronco, era marrón, y se mencionaba algo sobre lo denominado “madera”.

Me sentía sin energía, así que decidí ir a la plaza. Sin embargo, antes

de irme, me despedí del bibliotecario: un hombre ya mayor, llamado Sylver. Tenía un característico pelo blanco y ojos que denotaban cansancio.

La plaza, el centro de nuestra ciudad, estaba llena de aurybor. Por alguna razón, nos sentíamos mejor después de ir a un lugar con muchos de ellos. Solo se sabía que las piedras del alma en sus centros eran las responsables y que estas otorgaban vida. Muchos intentaron averiguar más, pero todo el que lo intentaba, desaparecía.

Llegué a la plaza y me senté en una banca. El día era extraño: por primera vez, desde que tenía conciencia, este lugar estaba vacío.

Vivía sola. No tenía ni familiares ni amigos. Solo entablaba una conversación con Sylver de vez en cuando. Me refugié en historias ajenas para intentar existir, quizá por eso nunca pretendí vivir una historia propia. Comencé a imaginarme los árboles de los que hablaba el libro que leí: que bonita se vería esta plaza, por lo menos habría un color más vivo que un ocre con piedras plateadas.

Miré al cielo, nunca antes lo vi correctamente. Siempre estaba bloqueado por engranajes o círculos mágicos, hoy estaba lleno de nubes.

En ese momento, una estrella cayó y

el centro de la plaza se iluminó. La estrella debió haber caído ahí.

Corrí a verla. Era la primera vez que veía una de cerca. Era inmensa, pero algo me llamó más la atención: en su parte superior había una cuerda. Volví a mirar el cielo y, poco a poco, comencé a ver más cuerdas. ¿Cómo no las había visto antes? No solo eso, ¿cómo las habían colgado?

Mi mente se nubló de preguntas. Casi fui a ver a nuestro líder para contarle todo y pedirle explicaciones, pero algo me decía que era mejor quedarme. ¡Qué extraño!

“Este era como todo inicio de una historia fantástica y, por vez primera, yo soy la protagonista”, pensé de repente. No estaba segura si tan solo quería justificar mi imprudencia al no avisar y seguir por mi cuenta, pues anhelaba con todas mis fuerzas poder vivir algo más que pasar toda mi vida haciendo reseñas de libros para ganar un poco de dinero. Por fin había tomado la decisión de tener una aventura.

Volví a observar la estrella. Al acercarme me sentía con más energía. ¿Estaba hecha con piedras del alma? De ellas solo sabía que, primero, nos permitían vivir y que, segundo, el líder estaba obsesionado con ellas. Él no había desaparecido después de investigar sobre las piedras del alma.

Espera, ¿de dónde saqué que las personas desaparecen después de investigar sobre las piedras del alma? No creo que las personas vivieran tranquilas sabiendo ese hecho, más bien, si lo supieran, todos estarían en crisis.

Volví corriendo a la biblioteca. En este mundo, donde incluso las calles tenían colores metálicos apagados, la biblioteca, hecha de muchos colores, resaltaba. Tan pronto como llegué, grité su nombre.

—¿Qué sucede? —Dijo después de bostezar. Lucía confundido.

—¿Qué les sucede a las personas después de investigar las piedras del alma?

—¿Eh? ¿Y esa pregunta tan de repente? Nada. No les sucede nada. Además, el líder es el único que lo ha intentado y, como ya sabrás, solo logró averiguar que eran las responsables de darnos vida.

—¡Ah! Pero el líder no descubrió eso, fue Mely.

—¿Quién es Mely? Sabes qué, mejor ayúdame. Busca los libros sobre mecánica básica y, por favor, ten cuidado con el libro marrón.

Marrón... Marrón... ¡Marrón! Eso era. ¡Lo leí en un libro marrón que parecía un diario! Incluso, estaba escrito a mano.

Sylver estuvo a punto de decir algo,

pero salí corriendo antes de que pudiera. Tiempo atrás leí ese libro hasta la mitad, pero cuando quise retomarlo, preferí leer sobre esas criaturas fantásticas llamadas gatos, incluso me imaginé teniendo uno como compañía. ¡Ay! ¿por qué no existían?

No era tiempo de lamentarme. Aunque tomó tiempo e, inclusive, puse la biblioteca patas arriba buscando aquel libro. ¡Lo encontré!

En realidad, estaba escrito por Mely y, para resumir, lo que había leído antes fue sobre su vida cotidiana y su descubrimiento de que las responsables de todo eran aquellas piedras.

Retomé desde dónde lo había dejado, había comenzado a leer con ánimo, pero poco a poco lo perdí. “Entrada 50. Tiempo que ha pasado desde el descubrimiento: 8 horas.

Parece que en nuestro interior tenemos una especie de núcleo, el cuál atrae al cuerpo la energía almacenada en las piedras y, desde ahí, se distribuye por todo nuestro organismo, otorgándole vida. ¡Qué interesante! Ha sido un viaje con muchos obstáculos, ¿puedes creer que misteriosamente todo mi kit de herramientas desapareció? En otra ocasión, la luz se fue y no pude trabajar por 74

horas, ¡y mucho más! estoy severamente agotada”

“Entrada 70. Tiempo que ha pasado desde el descubrimiento: desconocido.

Las piedras del alma tenían conciencia. Más bien, estaban hechas de todo aquel que descubre la “verdad”. Parece que, al descubrirlo, la energía se acumula en sus núcleos, volviéndose piedras.

No entiendo el porqué. Por más que lo intento, es como si mis pensamientos estuvieran bloqueados. Le conté a Oryon, que fue recientemente nombrado líder. Lo escuché murmurar: —tal como si fuéramos simples títeres—. ¿A qué se refiere? Intenté que hablara conmigo, pero no dijo nada. Estoy comenzando a preocuparme. Tampoco he logrado pensar en las razones. Incluso cuando siento que se me ocurre algo, lo olvido de inmediato. Todavía no sé qué hacer”.

Ahí termina. Después solo había pequeños pedazos de metal. Todo lo que vi hoy por fin tuvo sentido: las estrellas amarradas, las piedras del alma, las pérdidas de memoria, las desapariciones... lo único que no entendía era por qué el líder seguía vivo... pero eso no me importaba ahora, solo podía pensar en

por qué yo, ¿por qué no alguien más? ¿no había otra opción?

Resulta que, durante toda mi vida, nunca había tomado una decisión porque simplemente no había nada que decidir. Había sido creada con un propósito desconocido y, lo que iba a ser mi primera aventura, era un plan meticulosamente logrado para que descubriera la verdad.

Comencé a tirar todo lo que estaba a mi alrededor: libros, luces, decoraciones... hice de la biblioteca un desastre. Solo repetía “no”, agitando mi cabeza con todas mis fuerzas y con una respiración acelerada, mientras lloraba desconsoladamente. Si iban a hacerme esto, ¿por qué al menos no me dieron una familia?, o un amigo. Quizá otra personalidad, otros gustos, otra vida. Podría haber hecho tantas cosas...

Me enojé aún más. Tiré la mesa que tenía en frente, pegándole a la luz de arriba. Miles de pequeños pedazos de vidrio cayeron como la lluvia de la que había leído. Seguro que existía en el mundo de mis creadores, tal como los “árboles”.

Bajé la mirada. Un pedazo de vidrio grande estaba bajo mis pies.

—¿Esto también lo planearon?
¡Gracias! supongo que debo golpear directo en mi núcleo.

—Sujeto 235, prueba fallada —, dijo Eli, la líder del grupo, mientras veía a las piedras apagarse.

—Por lo menos esta vez no fue tan... trágico. Al menos se convierten en piedras del alma y no nos hacen gastar más energía para mantenerlos vivos—, dijo Opal, otro integrante del grupo, mientras recogía la estrella caída. —Me preocupa que ninguno haya sido lo suficientemente fuerte para aceptar la verdad y detener a Oryon, esa horrible criatura. ¡Cómo se atreve a amenazarnos con contarles a todos y destruir nuestra simulación!

—Nuestro hermoso trabajo de graduación... solo por eso no lo convertí, yo misma, en polvo. Ya tiene demasiados métodos listos para revelar la verdad, y crear un nuevo mundo cuesta demasiada energía. Esta vez sí podríamos morir.

Estaban abrumados, pero nunca había sido por las escenas que presenciaban. Para ellos un títere nunca sería más que eso: un títere.

III

Tercer Lugar

Categoría I: 15 - 18 años

Maximiliano Waugh
Región Metropolitana de Santiago
Título: Como dos gotas de té

Era impresionante la curiosidad que me causaba aquella taza. No podía dejar de pensar en ella. Yo sabía que al hombre sentado frente a mí le pasaba exactamente lo mismo. La pintura acrílica azul contrastaba de manera genial con el blanco de esta. Me recordaba a la casa de mi abuela, donde todo era delicado y especial. A lo mejor a él también le recordaba a la casa de su abuela. Es curioso: a ambos nos provoca un sentimiento de nostalgia, de todas formas. No quería generar ningún tipo de empatía con aquel hombre, aun siendo la persona a quien yo más entendía en este mundo. Pero, por alguna extraña razón, así era. Sí, es verdad, teníamos mucho en común.

—¿Tiene sed? — Me preguntó el caballero frente a mí.

Honestamente, no tenía sed.

Por mucho que empatizara con el señalado personaje, no confiaba en él. No sabía si al momento de pararse e ir a servirme una taza de lo que fuera, iba a aprovechar mi despiste para abrirme la cabeza con aquel mazo que se encontraba a algunos metros, junto a la puerta de entrada. Pero ahí estaba yo, dispuesto a hacer mi trabajo. Era imposible retirarme

de aquella sala sin antes hacer un par de preguntas. Así que tragué saliva y respondí con una sonrisa:

—Sí, ¿tendrá usted té por casualidad?

—Por supuesto —garantizó, mientras se paraba a servirme una taza.

Esperaba recibir una del mismo estilo a la que se encontraba frente a mí. Debía recibir una taza del mismo estilo, era necesario. Esta preocupación la contrastaba con la inquietud de que el hombre no agarrara aquel mazo. Quería hacer evidente que lo estaba observando, y así fue.

Volteó su cabeza al momento de pasar por la entrada y nuestras miradas se conectaron: ambos sonreímos. Fue una sonrisa sutil, de cortesía, de aquellas que no cuesta nada regalar. Posteriormente, siguió su camino hacia la cocina.

—¿Azúcar? —preguntó alzando la voz desde otras paredes.

—Sí, por favor —, contesté con la misma energía.

Mientras escuchaba cómo el hombre buscaba entre los estantes la arena dulce y blanca, yo miraba la taza, la impactante

taza. Pero más que el objeto en sí mismo, prestaba atención a lo que se encontraba en su interior: un líquido cálido y anaranjado, casi oscuro. No, no era café: era té. Sin embargo, no era un té común y corriente, pues este se encontraba pálido, pero no por falta de color, sino que saturado de una substancia que ya sospechaba yo que no era azúcar.

—Aquí tiene —, dijo con hospitalidad.

—¡Gracias! —, respondí —muy amable de su parte.

Procedí a dejar mi taza simétricamente al lado de la suya, de manera tal que fueran dos hermanas gemelas. Luego, lo miré sonriendo y proclamé:

—Mejor lo bebo ya, no me gustaría que se enfriara.

—¡Hombre!, ese es mi té. No vaya usted a confundirse—, manifestó en un tono evidentemente preocupado, al ver que agarraba su taza.

Ignoré su comentario y bebí de ella para confirmar mis sospechas: el té tenía sal. Una cantidad justa y precisa de sal,

evidente en el paladar por aquel sabor salino que es horrible en todos los líquidos.

—Tiene usted gustos muy peculiares—, afirmé con sarcasmo.

—Bueno, ya sabe... ¡Para gustos los colores! —, respondió con un nerviosismo patético.

Observé a aquel hombre, pobre hombre. Tenía su sentencia firmada. Y lo que es peor aún, seguro creía no haber sido descubierto. ¡Pobre hombre! De verdad, cualquier otra persona no lo hubiese notado, pero para su mala suerte, yo sí lo noté, porque ya conocía ese sabor, aquel viejo y prohibido sabor. Tampoco quería hacerlo evidente. No, claro que no. De ninguna forma estaba dispuesto a empatizar con él. Mi trabajo allí era apresarlos, pues era culpable de un crimen, eso es todo.

No me gustaba la situación ante la cual me encontraba expuesto: temía que descubriese la verdadera fuente de mi conocimiento al respecto. Necesitaba una vía para justificarlo; el saber científico parecía lo indicado. Bien. Excelente. Gran forma de ocultarlo. Procedí, entonces, preguntando con máxima naturalidad:

—Sabe usted a quién busco, ¿verdad?
—Sí —, espetó con seriedad—, a un asesino.

—¡Pero no a cualquiera! Este, dentro de su peculiaridad, es reconocido por beber té con sangre. Asqueroso, ¿no encuentra?

—¡Repugnante! —, dijo con el tono más indiferente posible. Nos miramos por un tiempo y finalmente acabé mi cometido:

—Es una pena que echarle sal al té no se equipare con la salinidad que la sangre le da a esta bebida, y ¿sabe por qué? — pregunté retóricamente— porque le falta un ingrediente secreto: cobre. Una simple moneda al fondo del recipiente hubiera bastado. Es el clásico sabor a sangre, me lo dijo un médico. Lástima que no podrá tomar té cuando esté al otro lado de una reja.

Al pobre hombre se le cayó el rostro. No tenía respuesta alguna al verse expuesto de tal manera. Dejó su fachada caballeresca y cordial para mostrar su verdadera cara: la de un psicópata. Pensé que me iba a decir algo, atacarme o lo que fuera, pero en vez de eso, me observó por unos minutos con atenta curiosidad. Nuestras miradas se interconectaron como dos puentes. Yo sabía que él me entendía porque yo lo entendía a él. Entonces,

inesperadamente, comenzamos a reír. Los únicos que no disfrutaban de nuestra función eran el guardia y el enfermero, quienes simplemente observaban a través de una ventanilla a dos psicópatas reír a carcajadas, encerrados, solos en una pieza vacía.

Finalmente, le di un sorbo extra a ese exquisito té. Una vez más, otra vez más...

IV

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Tarek Salah
V Región de Valparaíso
Título: El aria que aúlla

“¡Crsh!” “¡crsh!” Sonaban mis pisadas. Aquella noche me encontraba en un bosque sin nombre, a las afueras de un pueblito perdido en ninguna parte. Lo único que se veía era la luz de una vieja lámpara de aceite que tenía en ese momento. Una lámpara ya oxidada, pero que me había acompañado en incontables travesías a lo largo de mis años.

“¡Crack!” Pisé una rama que se encontraba en aquel camino sin sendero. Me encontraba en ese lugar por una anécdota de mis antepasados, imagínate, MIS antepasados, y eso que yo ya tengo mis muchos años. Aquella vieja historia, prácticamente leyenda, contaba que una vez al año, en los bosques de la localidad, se podía oír el cántico de aquellas almas que aún, en su menester, no podían descansar en paz. Una historia que yo no creía. Soy un fiel devoto de dios, de su palabra y de su enseñanza, por esto, yo hice caso omiso a la leyenda. Creí que eran inventos de aquellos viejos, los cuales fielmente transmitían, de boca en boca, las leyendas de las tribus antiguas... ¡qué equivocado estaba!

“¡Hoot!” Un búho. Él debió escuchar las quejas de la rama e intentó advertir de lo que acechaba en aquella noche sin

luz. Apreté una cruz tallada en madera, santificada por el obispo local, Don José, que llevaba colgando de mi cuello. No sé exactamente a qué le temía en ese momento, se supone que todo era falso, sin embargo, una presión abrumante se cernió sobre mí. Una sensación indescriptible de malestar me invadió, pero aun así seguí adelante: les iba a demostrar a todos que su gran historia no podía ser.

“¡Swoosh!” Una sombra se deslizó en lo poco que mi campo de visión me permitía divisar. La zona era conocida por su amplia población de pumas, sin embargo, no hay que temerles. Los pumas son muy asustadizos por naturaleza. No se acercarán a mí, no de esta forma: no saltando de un lugar a otro, no confundándome, mareándome... hasta que no pude más y “¡crack!”: la lámpara impactó en el suelo húmedo del bosque dejándome a merced de este. Pero, me rehusé a correr. No dejaría que la noche se llevara mi sanidad o mi fe. Me agaché para revisar la lámpara. Al tacto no parecía estar rota, solo apagada, aunque sería difícil prenderla en esa oscuridad.

A mi alrededor, solo se escuchaban pasos, pero no de persona. No podían

serlo: al unísono sonaban 20, rodeándome, acercándose, acechándome. En la desesperación alcancé mi cuchillo de supervivencia, uno que siempre, incluso a día de hoy, llevo. No tenía adonde apuntar. No había nada que ver, solo árboles y más árboles. Las criaturas que me rodeaban se confundían con estos. La oscuridad absoluta—que engullía todo a su paso—parecía haber engullido, también, la presencia de dios. De repente, silencio. Un silencio ensordecedor. Uno cuya única función era enloquecer, incluso, al más cuerdo. Lo podía sentir. Me observaba. Me observaban. Al fondo, parecían asomarse unos ojos resplandecientes, blancos como la inexistente luna. Sin alumbrar, pero dando luz en esas cuencas, las cuales me veían y se burlaban... entonces empezó.

El débil aullido de un lobo u otro canino comenzó a resonar en cada fibra del bosque. Luego le siguió otro y el siguiente a este, y así sucesivamente. Poco a poco el volumen de estos aumentó, aumentó y aumentó, hasta casi dejarme sordo. Finalmente, una figura se reflejaba en el ruido. Por más raro que esto parezca, el ruido tenía forma. Los aullidos podían verse, y de lo profundo de este, emergieron figuras humanoides. Solo

se divisaba una débil silueta aún más negra que la oscuridad del lugar, y unos ojos humanos del mismo color que el de los "animales". No podía distinguir nada, pero estos empezaron a acompañar el aullido, entonando, entonces, algo que yo conocía muy bien: eran cánticos. Los mismos proferidos en la iglesia local, en el santo idioma que fueron escritos. Sin embargo, las ánimas no parecían hacerlo en son de burla, era su plegaria, miraban al cielo negro y entonaban los cantos, que solo aquellos eruditos en la materia sabían pronunciar. De estos emanaban lágrimas. Lágrimas solo visibles gracias a sus iluminados ojos, mientras pedían, suplicaban al señor. Entonces aquella cruz, la que yo llevaba en el cuello, me empezó a quemar, a arder, a incendiar. Por más que la intentaba sacar, no podía. Se pegó a mi piel y me marcó machacando mi carne y dejándola para siempre enrojecida; siempre doliendo; siempre sufriendo. Los cánticos no paraban. Solo sentía las mil torturas de las ánimas. Entonando, ahora, con sus canciones, un aria para aquel señor al que tanto predicaban.

Respecto de los lobos, aulladores caninos —casi me olvidaba de ellos— uno se acercó a mí, y me empujó al piso. Una

de sus patas delanteras tocó mi cuerpo, poco después mi alma, hasta llegar a donde ahora está la cruz marcada en mi pecho, y derramó una lágrima: un líquido que pareció aliviar el dolor por unos instantes, cubriendo la marca del color negro que ahora ven. Pero me di cuenta de que eso solo causaba un ardor tan agudo, que podía sentir cómo mi piel quería salirse de mí; correr lejos, donde nadie más la pudiese ver, y yo finalmente me desmayé.

Amanecí en el pueblo. Estuve durmiendo quién sabe cuánto. Pero una cosa es clara: la leyenda era cierta, y esta fue instaurada por aquel a quien, hasta el día de hoy, le tengo tan agraciada fe, y la mantendré tanto como me sea posible. La marca en mi pecho, la cruz del lobo como le llamo yo, es, pues, señal de mi penitencia: un acto solemne el cual debo llevar hasta que ya no esté.

V

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Agustina Silva

V Región de Valparaíso

Título: El lienzo de los colores del espectro

Había una vez un pequeño pueblo llamado Serendipia, donde la bruma de la ignorancia y el desconocimiento podía respirarse desde cada calle empedrada de este lugar gris y apagado; estructurado rigurosa y milimétricamente tanto en su arquitectura como en su comunidad. Sus habitantes parecían vivir atrapados en una realidad limitada. Incapaces de comprender las múltiples facetas que el resto del mundo podía ofrecer. En esta localidad existía una joven llamada Adrien: una chica de espíritu inquieto y profundo, que caminaba entre los misterios de una condición descubierta cuando sus padres la llevaron con especialistas para descubrir por qué su hija era tan distinta a las demás niñas que habitaban este pueblo: le diagnosticaron autismo.

Adrien era un ser que prefería habitar en su universo interno, con sus estrellas que danzaban entre las sombras y los colores de un espectro impensado para las personas con las que se relacionaba día a día; donde el tiempo se ralentizaba a su merced, mientras navegaba en un mar de abrumadoras emociones y pensamientos. Ahí, en su interior, sus sentidos se despertaban como luciérnagas encendidas ante los estímulos del mundo

exterior: cada sonido, cada luz, cada textura, eran una ráfaga de información que invadía su mente y su cuerpo con una fuerza arrolladora; mientras que las palabras necesarias para describir lo que sentía se perdían en el torbellino de sus pensamientos, como hojas llevadas por el viento.

Por otro lado, la conexión con los demás era como un camino con espinas, con curvas impredecibles y puentes inestables. Esta chica buscaba un nexo de comunicación; una forma de expresarse en un mundo que parecía hablar un idioma desconocido, a pesar de que ella era capaz de decodificar y usar este lenguaje. En sus ojos brillantes y profundos se escondía un torrente de emociones sin límites, una intensidad que podía desbordarse y embriagarla en cualquier momento, sin previo aviso. Pero también se podía percibir, de tanto en tanto, algunos días más que otros, una fuerza resiliente que le permitía levantarse de su cama para camuflarse entre los demás.

Esta joven buscaba refugio en los patrones, en las rutinas que le otorgaban un ancla en este vasto océano de sensaciones. Por esto, vivir en Serendipia tenía cierto

lado positivo: las casas de piedra reflejaban la rigidez impuesta en las mentes y corazones de cada uno de sus habitantes y sus vidas. Como si estuvieran suspendidas en una coreografía predeterminada, seguían un guion monótono, sin espacio para la improvisación, al cual Adrien podía adaptarse para pasar desapercibida. Aunque muchas veces esto la dejaba agotada, como si se tratase de un robot que súbitamente se apaga cuando se queda sin batería. Sin embargo, en Serendipia, donde en cada esquina los latidos de la diversidad eran sofocados por un eco ensordecedor de las tradiciones arraigadas, la singularidad de esta chica, que quedaba en evidencia cuando el caos que sentía en su mundo interior y se desbordaba hacia el exterior, era vista como una anomalía, un desvío de la supuesta "normalidad" que imperaba en aquel rincón del mundo.

Adrien sentía el peso de la incompreensión sobre sus hombros, pero en lugar de ceder ante el desaliento, decidía transformar lo que sentía en algún tipo de arte: literatura, música, pintura. Consumir y producir estas bellezas provenientes de tierras lejanas a la suya, le permitía canalizar lo que experimentaba día y noche, calmando la tormenta que, muchas veces,

se desarrollaba en su interior, ayudándola a intentar abrazar su propia luz, que le servía de guía en un viaje hacia la aceptación de sí misma. Con pasos cautelosos, exploraba los rincones de su ser. Buscaba respuestas en las profundidades de su interior y en los misterios que la naturaleza le revelaba, tropezando de vez en cuando, pero consiguiendo levantarse incluso cuando creía que ya no podría hacerlo.

Un día, mientras deambulaba por el bosque tarareando una melodía que se había estado repitiendo una y otra vez en su mente, y agitando sus brazos al son de esta, Adrien se encontró con una sabia anciana, cuyos ojos destellaban la sabiduría de mil vidas. En un primer momento, la joven se sobresaltó callándose y paralizándose al instante, pues se creía sola en aquella arboleda que solía otorgarle el aislamiento que necesitaba tras un día rodeado de personas. Aun así, la mujer se acercó a ella con una sonrisa serena, intentando transmitirle seguridad y calma, y le dijo: —he percibido el brillo de tu espíritu. Tu condición no es un defecto, sino una bendición que te permite percibir el mundo de una forma única.

Adrien quedó desconcertada por

las palabras de la anciana, pero sintió una chispa de esperanza crecer en su interior. Con su guía, comenzó a ver su autismo como su propio lienzo en blanco que podía ser llenado con colores vibrantes y pinceladas únicas, tal y como los demás cuadros que realizaba. Comprendió que su singularidad no era un obstáculo que debía erradicarse, como todos a su alrededor planteaban, sino una oportunidad para tejer su propio tapiz en el gran telar de la vida.

A medida que Adrien exploraba su ser más profundo, descubrió que su autismo era como un prisma mágico, capaz de descomponer la luz en una miríada de colores y matices. Sus palabras eran como las notas de una melodía de las que solía tararear; y sus movimientos eran como un ballet etéreo en el que convergen la esencia de la belleza; la diversidad y la dificultad, un eco de las armonías que habitaban en su interior.

El pueblo de Serendipia, poco a poco, comenzó a darse cuenta de la riqueza que Adrien aportaba al mundo. Sus metáforas y reflexiones despertaron una sed de conocimiento en los corazones de sus habitantes, quienes lograban, uno a uno,

liberarse de sus jaulas y mirar más allá de las apariencias, descubriendo la magia que se oculta en las diferencias.

Adrien se convirtió en un faro de sabiduría para sí misma y para los demás, iluminando el camino hacia la aceptación y el respeto. En lugar de temer a lo desconocido, el pueblo aprendió a abrazar la diversidad como un regalo precioso que enriquece la existencia humana. Las calles de Serendipia se llenaron de armonía, y la bruma de la ignorancia se disipó, revelando la belleza de la aceptación y el entendimiento mutuo.

Y así, Adrien, el espíritu que desafió las barreras que la sociedad levanta, encontró su lugar en el mundo, y su luz continúa brillando como la esperanza que necesitan aquellos que aún caminan en la oscuridad de la incompreensión. Su historia se convirtió en una lección eterna de que la verdadera aceptación nace cuando nos atrevemos a abrazar las diferencias y a reconocer la belleza intrínseca que reside en cada ser humano entendiendo que ser diferente es solo una forma más de ser.

VI

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Valentina Lara Mora
V Región de Valparaíso
Título: La ración de hoy

Cuando el sol se levanta sus actividades comienzan. Ella hace la misma fila de siempre. Llega su turno y el tubo deja en sus manos su ración de comida; avanza al otro tubo y lo mismo sucede con la botella de agua que le toca. Va hacia la misma mesa de siempre y se sienta a comer. “Me gusta este sabor”, piensa mientras mastica. Termina y se levanta de la mesa.

El sol sale de nuevo y la misma fila con los mismos tubos le dan la misma ración de comida. “No me gusta como sabe esto”, se queja en su cabeza, pero sigue comiendo.

Una vez más sale el sol, recibe su comida y va a su mesa, pero detiene su trayecto al darse cuenta de que no le dan comida al que siempre está detrás de ella; el tubo no le entrega nada. Lo observa un segundo y sigue caminando a su mesa.

Otra vez está en la fila, le entregan su ración a la de delante y llega su turno, sin embargo, el tubo no le da la comida. “Qué raro”, cuestiona para sus adentros y espera a que algo suceda, pero no es así. Escucha un suspiro tras de ella, y se da cuenta que es el mismo de siempre, con la cabeza baja. Mira el tubo por última vez y se va.

El sol vuelve a mostrarse y la fila aparece. Siente un vacío en el estómago, espera que esta vez sí le den comida. El tubo que está delante de ella le da su ración y el siguiente le da la botella. Antes de llegar a su mesa, voltea la cabeza, pero no es el mismo de siempre. Se sienta y come. “¡Ah!, debe de haber muerto, como lo hizo mi hermano”, piensa y sigue comiendo.

Se sorprende a sí misma masticando más deprisa, intranquila.

—¿Por qué? —, suelta sin pensar. Recibe la mirada de todo el mundo a su alrededor.

Nunca ha necesitado hablar y ahora no sabe por qué lo hizo. Eso está mal. Ni siquiera sabe de dónde aprendió esa palabra. Claro, la única vez que escuchó hablar a su hermano fue con esa palabra. Aun así, no era lógico haber hablado.

Sentía su corazón latir con fuerza, por primera vez, mientras la gente se le acercaba de pronto. Una vez escuchó sobre alguien que hablaba del vértigo, ahora lo sentía. Parecía pequeña en comparación a todo el público que ahora la rodeaba.

— ¿Qué dijiste? —, le pregunta uno, incrédulo. Las miradas asustadas ahora se posan en él, pero los ignora. —¿Qué fue lo

que dijiste?

Sus ojos recorren cada cara a su alrededor antes de responder. Tiene que tragar saliva para tomar valor.

— “¿Por qué?” —, responde con cautela.

El silencio le otorgaba el espacio para explicarse, y eso lo sabía, aunque nunca antes había entablado una conversación.

—Es que tenía un hermano, y, de repente, dejó de aparecer.

—¿C-cómo...? —, la interrumpe otra persona. Pero nota más duda al hablar. —¿Cómo sabías que era tu hermano?

—Estábamos juntos siempre. Dormíamos en el mismo camarote y me enseñó dónde teníamos que ir desde que era una niña.

—Yo también perdí un hermano—, declaró de pronto el primero que la había cuestionado.

—Mi mamá, de repente, dejó de aparecer en la fila un día—, expresa con pena una cuarta persona.

—¿“Mamá”? —, le pregunta ella.

—Sí, la mujer que dormía conmigo cuando era un niño y me abrazaba con cariño.

—¡Yo también tenía mamá! —, escucharon a alguien más hablar.

Poco a poco hablaron todos los que la rodeaban. Cada uno tenía algo guardado, y se escuchaban por primera vez.

—¿Por qué nos quedamos sin comida a veces? —, suelta la idea que se le cruza de pronto por la cabeza, llamando la atención de todos de nuevo.

—¡Eso nos está matando! —, escucha en el grupo. A muchos los descoloca, pero rápido encuentran razón en sus palabras tan duras.

—¿Ya no quiero seguir así! — Ella responde con un nudo en la garganta y tomando con fuerza la silla en la que estaba—. Quiero una razón.

Esa frase le da el impulso para levantarse de la mesa. “¿Por qué?” repiten los demás. Cada uno tiene una pregunta que hacer en voz alta, y las dicen. Luego, las preguntas se convierten en gritos, y esos gritos en un solo coro.

VII

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Amanda Varela Prado
V Región de Valparaíso
Título: Tomo II

Con una mano sosteniendo el pan y con la otra deslizando las hojas vorazmente, convertí mis ojos en una lupa, a ver si lograba hacer coincidir la frase que estaba buscando. No fue tan difícil conseguir lo de la panadería esta vez, a pesar de haber sido perseguida por esos dos guardias.

—¡Ey! Detente ahí niño.

Sonreí de reojo y comencé a correr. ¡Puff!, niño. Me desagradaba un poco, pero a fin de cuentas era mi mejor disfraz. Con este cuerpo parecía que tuviera dieciséis. No me enorgullecía robar, pero había sido mi única opción este último tiempo. Doblé por un callejón y me deslicé por un minúsculo espacio de una barrera de madera vieja y rota, dificultándoles la misión. Sobre todo, al guardia de mostacho y figura ancha. Agitada, choqué con los hombros de algunas personas y boté una caja de tomates.

—Allá va. ¡Alto en nombre de la ley!

Salté la carreta de un señor y caí rodando, en una perfecta ejecución. Miré para atrás y continúe corriendo tres cuadras para doblar a la derecha. Subí a unas cajas y me aferré a una canaleta mohosa. Escalé y salté a una superficie de mármol que sobresalía de una ventana, dándome un respiro para, luego, volver a la acción. Seguí saltando sobre lo que

funcionaba como escaloncitos y llegué al tejado de lajas planas, gris opaco. Cuando divisé a los guardias, silbé y con mano firme les hice un gesto de despedida militar.

Después de recordar mi pequeña aventura matutina, ya con una respiración calmada, logré descifrar la última palabra que coincidía con una en el libro.

—¡Por las perlas de Coco Chanel!

Después de largos días, lo tenía. Me di cuenta de que el papel estaba todo arrugado por la frustración. Tan solo una frase y una simbología para traducirla, para encontrar la ubicación del siguiente libro de *La réalité des rêves*. Esta colección le ha pertenecido a mi familia desde hace generaciones. El tesoro olvidado de los Lumière. Recuerdo las últimas palabras de mi madre: —Anika, tú misión es reunir todos los libros nuevamente. Antes que los Círculos Oscuros los encuentren. En Paris empezará tu búsqueda. Descifra su ubicación escondida con una simbología antigua de nuestros antepasados, en el Tomo I. La brújula de tu padre te guiará, pero no olvides que tienes una propia: la clave es la conexión contigo misma.

Eso es lo que haría. No había trabajado en vano la tierra con mi padre, pues esa fuerza no se pierde. Su especialidad era la agricultura, de

eso vivíamos, junto con las atenciones médicas de mamá, pero del tipo sanadora: ella desataba nudos en las corrientes del cuerpo. Ellos me enseñaron que estamos hechos de energía. La conexión con el inconsciente, con uno mismo, es la clave para despertar cualquier tipo de poder. Desde muy pequeña había empezado a tener sueños lúcidos, esto significa ser consciente de que estás soñando. Les decía a quien quiera que se cruzara dentro de ese mundo, que eso no era real, que era un sueño. Y mi voz al decir esas palabras no era un hilito agudo, sino una con la cual nadie me lo podía negar, que nadie me respondía. Pero, aun así, por como son los sueños, este seguía su rumbo, pudiendo ocurrir las cosas más maravillosas. En los que más vivenciaba esa lucidez era en los que volaba. Todos teníamos algún tipo de sueño que se repetía: — una buena forma para entendernos, para conocer nuestros límites, defectos y virtudes—, decía mi padre.

Pero, hasta hace poco, me ocurrió lo que muchos intentaron por medio de ejercicios escritos en los libros, pero sin obtener resultado: al cumplir los diecinueve, pude controlar un movimiento en el sueño, que jamás olvidaré. Fui la primera de la familia en lograrlo.

Me paré decidida. La ubicación era la Bibliothèqure Mazarin, una de las más antiguas en París, por lo que había escuchado. Esa sería mi próxima parada. Me cambié los cómodos pantalones café y, como si tuviera muchas opciones, encima de la camisa blanca me puse un simple vestido azul cobalto como el del libro. Ajusté bien mis viejas botas de cuero y con una cinta me anudé el pelo dorado; y, colgada al cuello, escondí la brújula.

Salí a la calle dejando atrás las paredes de madera que constituían la modesta estancia en donde me alojaba. La señora Laurent me dijo que siempre sería un gusto recibir a la hija de Céline, quien fue su mejor amiga. Señores de traje negro caminaban en distintas direcciones. Algunos acompañados de sus esposas bien arregladas, con sombreros pomposos y sombrillas como única defensa, no solo contra la lluvia, aunque tal vez solo yo me atrevería a ocuparlas de otra manera. Pero mi objetivo seguía siendo pasar desapercibida.

Disfrutaba admirar como cambiaba la estación de hojas en tonos cafés, la gran mayoría ya por el suelo para dar la bienvenida a la gélida y blanca nieve, que descansaba sobre los techos de los carruajes. Además, me impresionaba

la formación de los cristales de nieve, adoptando formas geométricas únicas a cada momento. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de contemplar con tanta detención. Lo extrañaba.

Llegué al Musée du Louvre, pues justo del otro lado quedaba la bibliothèque. La primera vez que llegue aquí, francamente, no lo podía creer. Había quedado fascinada con el Pont des Arts, por el que estaba cruzando; los faroles, los barcos, el agua de un color azul petróleo cristalino, por el reflejo del cielo. ¿De dónde venía? De Annecy: un pueblo alpino conocido por su Vieille Ville. Estaba acostumbrada a sus calles adoquinadas, canales serpenteantes y casas con colores pasteles.

En la entrada había una señora de anteojos puntiagudos con apariencia poco amigable, que me miró de arriba abajo, con desaprobación.

–Buenos días– dije, forzando mi mejor sonrisa.

Mis antepasados habían escondido los otros libros con el fin de protegerlos de los Círculos Oscuros, grupos que se formaron con otro rumbo, ambiciosos de poder. Aprendí que en este mundo siempre existirá la luz y la oscuridad. Si se niega una, desaparece la otra. Pero elegir un camino demarcado por solo

una de ellas, en este caso la oscuridad, es terreno difícil; y si no sales de ella a tiempo, te domina. Uno de estos grupos fue en busca de mis padres, obligándolos a muerte a que revelaran la ubicación. Pero ellos se negaron. No sabían, no se habían dado el tiempo que yo tuve, finalmente, que darme. No recuerdo que los hayan lastimado gravemente, solo que una potente luz cegadora se los llevó sin dejar rastro de ellos. Ahora entiendo el porqué de los entrenamientos cada día, pues mamá había tenido una visión de la situación. Me dolió. Me duele. Pero en ese entonces, al ver el papel con las indicaciones encima de un bolso grueso y tosco, lleno de provisiones, me hizo entender que no tenía tiempo para angustiarme y entrar en esa emoción que me atormentaba. Que estarían conmigo donde fuera y pasara lo que pasara.

Empecé husmeando los rincones menos visibles. Tan solo tenía el indicio de que se encontraba debajo de una marca, un sello protector, que solo los con nuestra sangre lo pueden deshacer. Estuve así un buen rato, hasta que me percaté de que un joven me miraba atento. Decidí alejarme y al voltear. Me lo topé en frente de mí sorprendentemente. Se había movido muy rápido; demasiado.

–Disculpe señorita. ¿La puedo

ayudar en algo?

Noté que tenía un gafete. Era bastante atractivo debo decir. Nunca me había fijado en nadie de esa manera.

—No se preocupe. Solo... estoy mirando.

—¡Hum!—

Por un segundo sentí su mirada tan penetrante que casi me da escalofríos.

—Cualquier cosa, estaré cerca.

Asentí. Pasé por su lado y por el rabillo del ojo detecté algo que ya había visto antes. Un tatuaje. Me congelé. Me sujetó del brazo sin dejarme avanzar.

—¿Quién eres? ¡Suéltame!

—¡Shsss! No grites. Te conozco, Anika, no temas.

¿Qué estaba pasando? No me parecía conocido. Se apegó a mí. Su aliento cálido rozó mi oído y susurró:

—Estás buscando el siguiente libro, ¿verdad?

Me tomó desprevenida su pregunta. No dije nada. No podía articular palabra.

—Sé dónde está.

No pude evitar abrir los ojos estupefacta. Tomó mi mano dejando algo en ella. Y como un flashback, una imagen: esos ojos.

—Tú eres... — Me calló con su dedo.

Deslizándolo suavemente por mis labios.

—Las paredes oyen.

Y tal como llegó, se fue, doblando por uno de los pasillos. Solté el aire que contenía, sin darme cuenta, relajando los hombros. Abrí la mano con detenimiento. Era un papel perfectamente doblado. Sonreí levemente. Al leerlo decía “sube las escaleras del lado izquierdo. En la última estantería, al fondo, cuenta de abajo hacia arriba. En la repisa n°8 se encuentra un libro antiguo y pesado. Sácalo cuidadosamente y aparecerá un sello mágico, el cual supongo que reconocerás”.

No esperé más. Afirmé con fuerza lo que me había dado. Y seguí sus indicaciones. Todo era de madera, amplio y sumamente ordenado. Subí y caminé hasta al fondo. Conté las repisas. ¡Allí estaba! Un libro antiguo y pesado, tal como me había dicho. Pesaba más de lo que creía. Lo dejé a un lado con cuidado. Respiré profundo, concentrándome. Dejé mi mente en blanco. Me enfoqué en un punto en mi interior, como una flama ardiente envuelta en mis manos. Cuando canalicé lo suficiente, comencé a percibir las rutas del aire, dándome la bienvenida. Y en un breve cerrar de ojos me moví ligera como

una pluma, pero tajante como la espada de un samurái.

Un estallido de energía invisible me removió el cuerpo y se expandió fuertemente en una onda, desapareciendo por completo el sello. Despacio, introduje la mano y saqué un libro idéntico al que me habían dado mis padres, pero en este decía: Tomo II. Me llevé una mano a la boca. Y lo apreté contra mi pecho. ¡Magnífico! Lo tenía.

VIII

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Josefina Constanza Crisóstomo Muñoz
XVI Región de Ñuble
Título: El espejo

Estoy escribiendo esto porque tengo la pequeña sospecha de que no podré contarle más adelante. Tengo esa irritante sensación de que pronto moriré.

No estoy segura si mi café de ese día tuvo algo que ver, tal vez le eché, por accidente, algún tipo de alucinógeno o, quizás, existía alguna razón lógica de por qué en esa tarde me encontraba más embobada de lo que creía, mientras miraba mi reflejo.

No sé cuantos minutos estuve sentada en el suelo frente a ese espejo que encontré en el cobertizo de la casa de mi abuela. Mi padre me pidió que limpiara esa casa para que estuviera distraída y no tuviera que presenciar como él y mis tíos se encontraban en su comedor con los abogados haciendo cumplir con el testamento de su madre, a tan solo dos días después de su funeral.

Lo primero que hice fue limpiar mi lugar favorito de esa casa: la gran cocina. Sin embargo, no pude reorganizar nada, mi abuela se ponía como loca si algo no estaba como ella lo había dejado. Estoy segura de que era capaz de poner en las escrituras mismas de la casa: “Mantener mi orden y solo mi orden.” ¡Cómo amaba a esa señora!

Quise distraerme y no pensar tanto

en ella y en lo maniática que era con el orden, así que empecé a dar vueltas por la casa. Cuando ya había dado un par, me ganó la pena, por lo que no pude hacer más que recostarme en pleno pasillo y empezar a contar hasta mil para no llorar, eso es algo muy efectivo que vi en internet.

Cincuenta y tres... Cincuenta y cuatro... Cincuenta y cinco...

Respiré a la par que abría mis ojos y ahí estaba. Sobre mi cabeza había un hilito colgando de lo que parecía ser una trampilla en el techo. Jamás, en toda mi vida ni en los años que viví en esta casa, me había percatado de ese detalle. No estaría contando esto si no me hubiese ganado la curiosidad y si no hubiera tirado de ese hilito. Pero lo hice y cómo me arrepiento de haberlo hecho.

De esa trampilla aparecieron unas escaleras. Salió tanto polvo que me hizo creer que hace muchísimo tiempo nadie subía allí. Cada vez que pisaba un peldaño la madera rechinaba tal como en las películas de terror. Pero no soy una persona a la que le gana el miedo, así que, simplemente, subí.

Arriba había fotos de mi abuela cuando era pequeña, y también unos cuantos muebles cubiertos con sábanas. Lo que me atrajo, e hizo que mi vista se

pusiera en ese objeto, fue un gran espejo de marco grueso, decorado elegantemente y de color dorado. Me llamó la atención que no tuviera una sola mota de polvo como el resto de las cosas que estaban allí. Observé con detenimiento cada fina decoración del marco y, en la parte superior, estaban grabadas unas iniciales y una fecha. Eran las iniciales de mi nombre. En ese momento pensé que quizá mi abuela quería dármelo antes de su muerte, pero la fecha remontaba a ochenta años antes de mi nacimiento. Ni siquiera mi padre había nacido en ese entonces.

Creí que era una fecha al azar, así que lo ignoré. No fue hasta cuando intenté mover el espejo que el miedo me invadió como nunca antes. Al suelo cayó una foto. En ella estaba la madre de mi abuela mirándose en el mismo espejo, con las mismas iniciales, y en su mano tenía sujeto un papel con algo escrito. En el reflejo del espejo se podía leer claramente que en ese folio estaba apuntado mi nombre completo y mi fecha de nacimiento exacta. Solté la foto con terror y con un creciente sentimiento de incertidumbre.

Cuando me miré en el espejo todo ese miedo desapareció instantáneamente. La verdad creo haber dejado de sentir todo tipo de emociones como por arte de

magia. Era una sensación muy extraña y placentera a la vez. Me senté en el suelo y allí quedé mirando mi reflejo, e intentando descifrar por qué me sentía de esa manera, tan tranquila, tan hipnotizada. A mi parecer, estuve solo unos minutos allí, pero cuando decidí, por fin, bajar, me encontré a mi padre llorando desconsoladamente en el living. Cuando me vio se notaba desconcertado, pero a los segundos se paró de un salto y corrió a abrazarme.

Para mi padre estuve ocho días desaparecida y lo único que encontraron en la casa, cuando me estaban buscando, era la fecha que estaba tallada en el espejo, escrita con dorado en todas las paredes.

Cuando los policías subieron al cobertizo para confirmar mi versión de la historia no estaba ni el espejo ni la foto.

Han pasado tres meses desde aquello y decidí pensar que todo lo que creí ver no era nada más que producto del estrés y de la tristeza.

Decidí escribir sobre esto porque esta tarde, al recibir mi correo, como lo hago todos los días, encontré la foto, solo que esta vez la que aparecía en ella no era mi bisabuela, sino que era yo. En el papel había un nombre que nunca había escuchado, junto con una fecha, que asumo es de nacimiento, con ochenta años más

respecto al año en el que estoy viviendo. El espejo era el mismo, sin embargo, tenía grabado este año y otras iniciales.

No soy de huir, pero ya tengo las maletas hechas. Sé que se puede tratar de una pésima broma, pero la sensación que tengo tatuada en mi piel me aterra.

“Amado papá, si lees esto, te dejé la foto en tu velador para que la quemes, procura olvidarme y olvidar esta carta. Estaré bien, te quiero”.

IX

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Francisca Izeta
XIV Región de Los Ríos
Título: Hermosa Dama

Durante demasiado tiempo mis pensamientos se entrometieron dentro de la delicada y perfecta piel de aquella dama tan hermosa, fina y salvaje. Mis ideas pasaron a ser acciones, actitudes y sentimientos tan visibles como lo puede llegar a ser el amor.

Durante demasiado tiempo ignoré la osadía de armarme de valor y cortejar a tan solo una dama, incomparable e inalcanzable para cualquier hombre que deseara tenerla en sus brazos o sábanas. Me volvía loco solo con la expresión de su sonrisa o el maravilloso movimiento de su cadera.

Durante demasiado tiempo obtuve ventaja sobre otros hombres: el atrevimiento de llegar a su hogar con rosas y cartas de amor. Un gesto desagradable para ella, el cual fue rechazado rotundamente por aquella dama que, con el solo hecho de mirarme, me mataba, todo el tiempo, todos los días.

Durante demasiado tiempo demostró su valía en diferentes áreas; era hermosa socialmente, los hombres casados envidiaban el hecho de estar cerca de aquella hermosa dama tan peculiarmente bella, inteligente, además, dejando siempre su posición y deseos en claro por muy mínimos que fueran.

Durante mucho tiempo intenté entrometerme bajo su falda, en su mente. Siempre siendo rechazado por aquella hermosa mujer. Durante mucho tiempo me pregunté sus razones, tan fuertemente arraigadas, para darme un rechazo tan certero, decirme "NO" con algo de asco, sumado a un gesto de miedo en su bello rostro.

Durante mucho tiempo me pregunté diferentes razones sobre su rechazo, ¿habrá sido lo injusto de los años que vuelan y cada vez más viejo me vuelvo?, ¿habrá sido la diferencia de edad? Pero ¿cómo? Estoy seguro de que durante mucho tiempo me amó tanto como yo a ella. Estoy seguro de que me expresaba su amor tomando mi brazo al pasear, quedando su cuerpo esbelto junto al mío. O esas miradas pícaras y esas sonrisas tan risueñas que compartíamos... tan unidos que éramos.

Durante mucho tiempo oculté mis sentimientos sobre esta mujer tan hermosa y perfecta a mis ojos, hasta que mi corazón, tan delator, lo expresó con pulsos y gritos. La amaba tanto que quería una vida con ella. Donde fuera y como fuera, pues ella era la mujer de mi vida, sin importar nada.

Durante mucho tiempo, nuestra relación cambió a partir de aquella confesión tan apresurada. Sin importar

cuantos años nos conociéramos, sin importar cuantos años estuvimos juntos, juntos... siempre unidos. Cambió de forma abrupta para comenzar una relación de desconocimiento, asco y terror.

¡Ella me odiaba, me despreciaba, me aborrecía! ¡A mí! ¡A su padre!

X

Mención honrosa

Categoría I: 15 - 18 años

Rosita Holmes
V Región de Valparaíso
Título: Suena el despertador

Suena el despertador: 6 am. Se levanta de inmediato. Café con leche y once gotas de estevia. Espera que se enfríe mientras mira el reloj y, a su vez, golpea las baldosas levemente con su pie. Ya está frío. Comienza a beber.

6:37, le comienzan a llegar mensajes de Felipe. Abre los ojos y enarca las cejas. Deja el resto de café sobre el mesón de la cocina. Se viste: camisa blanca ajustada, pantalones azul marino, zapatos de punta. Frente al espejo, evalúa su ropa recién lavada. Se va a la segura: chaqueta holgada azul marino. Se sacude el pecho con la ayuda de sus manos. Toma su bolso; lo había dejado listo el día anterior. Lo revisa de todos modos; estaba intacto. Besa a su hija en la frente antes de salir. Ella le sonrío somnolienta.

Abre la puerta procurando no hacer ruido. Toma el ascensor y se baja en el -1. Hace andar su auto. Empieza a amanecer. El sonido de las noticias retumba en los parlantes.

6:58, dos minutos para instalarse y comenzar. Se sienta en su escritorio blanco. Todo en el lugar era blanco: cortinas, paredes, piso. Felipe recorre la habitación a modo de inspección. Se saludan levantando

la mano a la distancia. Al momento baja la mirada y comienza a teclear.

Pasan las horas. Hace una pausa. Se compra un sándwich, un jugo de frutas en caja. Vuelve al escritorio. Retorna a lo suyo. Fija la mirada en la pantalla y comienza a teclear. Al rato se levanta al baño. Se mira al espejo: su pelo está desordenado, nota su espalda ligeramente encorvada. Arregla su postura y su peinado para volver a lo que había dejado pendiente.

Dan las 20:27. No se había percatado de esos 27 minutos. Su hija la estaría esperando. Toma su bolso. Mete en él su celular, su computador, sus anteojos. Se pone la chaqueta que en algún momento se había quitado por el calor de la calefacción. Camina a zancadas hasta su auto. Pone la radio y acelera. Nuevamente oscuro. El camino se ilumina bajo la luz de los focos, unos tras otros, millones. “Las luces de la ciudad parecen estrellas caídas del cielo”, piensa pasajeraamente. De pronto un semáforo en rojo. Se detiene sin ganas. Verde: retoma el rumbo. Dobra en la esquina. Observa su edificio: el cuarto piso está iluminado. Sube las escaleras de a dos peldaños. Su niña dormía sobre las mantas hecha una bolita. Con el uniforme

del colegio puesto y su celular entre las manos. Le pone el pijama. Abre la cama y la acuesta dentro. Le besa la frente. Coge su celular y lo deja sobre el velador. Mientras cierra las cortinas, avista en la lejanía infinita el palpar de una estrella diminuta. Va a la cocina, pero no tiene hambre. Coge una jalea y se la come con desgano.

Se desviste frente al espejo. Mira sin mirar. Nota su piel de gallina blanca, pálida, como si nunca hubiese sido tocada. Su espalda encorvada, sus ojeras siempre tan notorias, sus arrugas en la frente, sus labios desgastados, pálidos también. Se toca el brazo, luego la mandíbula, sigue tocando hasta llegar a los pómulos. Respira profundamente, llena de oxígeno su cuerpo.

Cierra los ojos pausadamente. Entonces se le aparece su niña. Aun no abre los ojos. Se le aparece la estrella. Sus únicos contactos con la vida. Sigue ahí desafiándose ante el espejo. Mira directamente su pupila. Se aleja y observa su imagen, su silueta, su contorno de mujer, sus curvas, su pelo ondulado. Sonríe. Su reflejo la acompaña.

Menea levemente las caderas. Comienza a mover sus brazos de izquierda a derecha, de arriba a abajo. Se detiene. Mira por la ventana del baño. Ahí estaban, ahí seguían las estrellas. La mayoría camufladas entre la nube de la ciudad. Se vuelve a mirar y se lava los dientes. Camina a su cama y se sumerge cómodamente entre las sábanas. Su cabeza parece detenerse y se olvida de ciertas cosas que supuestamente debía recordar. Se duerme.

6am, suena el despertador. Alarga la mano para apagarlo. 7am, Felipe llama: ella no contesta y se acomoda entre las sábanas. Amara llega a su cama, la mira con sorpresa y se acurruca a su lado. Pasa un tiempo indefinido, permanecen abrazadas dormitando. Se levantan risueñas, sin decir nada. Calientan pan, cocinan huevo. Amara disfruta la leche tibia en su vaso plástico color rosado.

XI

Primer Lugar

Categoría II: 19 - 25 años

Matías León

Región Metropolitana de Santiago

Título: El bebé gorila y el monje

No me parecía divertido mirar a un montón de máquinas cubiertas de piel y pelo. De todas formas, acompañé a Babel al zoológico. Me había convencido al prometerme que me cocinaría un poco de su sopa de arroz.

La primera vez que la vi cocinar esa sopa, me dijo que la receta original era de su tatarabuela y que la viejita, a diferencia de ella, solía ponerle trocitos de carne de pollo. —Bueno, eso era antes de que se prohibieran los mataderos en el país, querida Claudia"—, me decía Babel con seriedad. En esos años se había prohibido la explotación animal de todo tipo, incluyendo los zoológicos como en el que nos encontrábamos ahora. Nadie sospechaba que estos lugares, en vez de desaparecer, reemplazarían a los animales por máquinas. —La inteligencia artificial no solo le quitó los trabajos a los artistas y oficinistas, también se lo quitó a los animales—, decía mi abuelo.

Babel y yo nos paramos frente a la barrera de malla metálica que separaba al público del hábitat del gorila hembra. Al ver que no era tan alta, le dije a Babel, en tono de broma, que el animal saltaría la barrera y me secuestraría. Pero ella, muy

seria, me respondió que la máquina estaba programada para quedarse en el hábitat cumpliendo su rol de imitar a un gorila.

—¡Claro! —, dije yo—, en especial ahora que tiene que cuidar a un bebé. — Un bebé gorila de carne y hueso.

Hace unos meses, la gente de aduana había logrado detener a una banda que contrabandeaba animales exóticos y, entre pájaros coloridos y serpientes de cascabel, encontraron al bebé gorila. El Ministerio de los Animales (creado el mismo año que la ley contra mataderos) determinó que el bebé debía tener una figura materna para su correcto desarrollo y, a falta de un gorila hembra viva, y por lo urgente del asunto, decidieron que el gorila hembra robot, del Zoológico Metropolitano, sería programada para hacer de mamá. Mientras se preparaba un hábitat con mejores condiciones, se optó por dejar al bebé en el mismo ambiente del zoológico, el cual solamente fue cercado. Todos los ecosistemas del recinto estaban separados del público por una simple cuerda a la altura de la cintura, pues una barrera molestaba la vista y las máquinas estaban programadas para ser pacíficas. Pero para el bebé gorila se hizo una excepción ¿Quién sabía cómo reaccionaría el público al ver un animal vivo?

De pronto, el gorila robot salió caminando desde unos arbustos con el bebé gorila al hombro. Su pelo, sus movimientos y sus ojos se veían tan reales que no parecía que fuera una máquina. Mientras el bebé gorila se movía inquieto sobre ella, el gorila hembra se sentó a comer de un montón de frutas y verduras que estaban en el suelo del hábitat.

—Esta es la única máquina a la que le dan comida de verdad—, me susurró Babel—Es para que el bebé gorila aprenda a comer. El gorila robot también tiene unos pezones capaces de producir leche.

Los ingenieros y veterinarios habían pensado en todo. Incluso, se había limitado el ingreso de visitantes al zoológico para que el bebé gorila no se estresara con el ruido y con la atención sobre él. Junto a nosotros no había más de quince personas, todas sin hacer mucho ruido. En un momento, un hombre vestido con una especie de paño naranja y con la cabeza rapada se acercó a nosotras muy sonriente.

—Amiga, ¿te puedo pedir un favor? —, dijo mientras me señalaba el celular que tenía en su mano.

—¡Ah!, quiere que le tome una foto

con el bebé —, respondí.

—Sí y no. Te quería pedir si me podías ayudar a grabar un video. Necesito hacer uno breve, en vivo, para las redes sociales.

“¡Qué raro! ¿No debería pedirle esa clase de favores a alguien más cercano y no disponer del tiempo de una extraña?”, pensé de inmediato.

—Sé que es raro, pero te juro que no será más de un minuto —insistió con mucha amabilidad—. La persona que iba a hacerlo no pudo venir hoy.

—Está bien—, le respondió Babel en mi lugar —. Nosotras grabaremos, no nos cuesta nada. ¿Verdad, Claudia?

Entonces el hombre nos agradeció y nos pasó su celular con la cámara lista. Después de preguntarnos nuestros nombres, se puso frente a nosotras, se acomodó su vestimenta y me hizo una seña para indicarme que grabara.

—Grabando —, dije.

—Buenas tardes a todos los seguidores del Templo Sukha —, comenzó el hombre—, soy el monje Ricardo Castillo. Antes que todo, quería agradecer a Babel y Claudia, las amables señoritas

que accedieron a grabar este video en reemplazo del monje Sebastián Neira que hoy amaneció resfriado—. El monje hizo una pausa y continuó.

—Es bien conocido el apoyo que el Templo Sukha le ha dado al Ministerio de los Animales en su tarea de aliviar el malestar de las criaturas que no poseen la naturaleza para liberarse del sufrimiento. Por eso queríamos estar presentes en este lugar, junto al bebé gorila rescatado del contrabando. Créannos, lo que van a ver ahora es la muestra de nuestro interés por el bienestar del bebé gorila—. Entonces, el monje miró hacia el hábitat, saltó hacia la malla metálica, escaló con una agilidad envidiable, cayó dentro y caminó rápidamente hasta donde estaban el bebé gorila y la madre robot.

—¡Carajo! —, dije sin dejar de grabar.

Se empezaron a escuchar voces desconcertadas entre el público. Algunos llamaban a seguridad, otros empezaron a grabar...

—¡El bebé! —, gritó alguien entre los murmullos inquietos.

El monje había agarrado al bebé gorila de la cintura para sacarlo del hombro de la madre robot. La máquina, al notar que alguien le arrebatara a la criatura, sostuvo al bebé de las piernas y empezó a

forcejear con el monje. El bebé se quejaba. Entonces, el hombre empezó a golpear con una de sus manos los brazos del gorila robot. Esta, para no dañar al pequeño con el forcejeo, cedió. El monje acurrucó al bebé entre sus brazos.

—Esta criatura, ignorante por naturaleza, ¡no puede estar al cuidado de una máquina! —, gritó el monje dirigiéndose al agitado público.

—¡Claudia, deja de grabar! —. Me gritó Babel. —¡No podemos ser cómplices de esto!

Intenté parar la grabación rápidamente, pero el celular seguía grabando. Lo dejé en el suelo y lo aparté de nosotras dándole un golpecito con el pie.

—¡Señor, deje al bebé gorila en el suelo y salga del hábitat! —, gritó una mujer que traía puesto el uniforme de los funcionarios del zoológico. —¡Si no lo hace, lo sacaremos por la fuerza!

Sin soltar al bebé, el monje metió su mano entre sus ropas y sacó una mamadera con leche.

La puso en la boca del bebé gorila y este empezó a beber.

—No deberían engañar a esta criatura —, dijo el monje mientras se sentaba en el

suelo. —Él no logra ver la diferencia entre máquina y animal ¿No ven lo dañino que es? Es igual a una mujer infértil que cría y ama a un niño robot.

Un equipo de seguridad del zoológico llegó hasta el lugar. La funcionaria de antes les hizo un gesto y estos se dirigieron hacia la puerta de malla metálica por la que se entraba al hábitat. La abrieron y entraron uno a uno. Rodearon al monje y al bebé.

—Señor, deje al bebé gorila en el suelo —, dijo uno de los hombres del equipo.

—¿Y devolvérselo a la máquina? —, preguntó el monje. —Dejarlo con esa máquina solo le causará sufrimiento. Un sufrimiento, por ahora, oculto. No podemos dejar que este bebé ame y se apegue a algo que no es real. Necesito garantías de que esta criatura será cuidada por humanos.

Me dio la impresión de que el hombre de seguridad hizo una mirada discreta a otro que estaba detrás del monje. Entonces, este último se abalanzó y lo agarró de los brazos, logrando separarlo del bebé. Otro se acercó rápidamente, tomó al pequeño y se lo llevó al gorila robot. El monje, sin resistencia alguna, se dejó inmovilizar por

los hombres. No solo lo llevaron a él a la comisaría, sino que también nos llevaron a Babel y a mí por haberlo “ayudado” en su protesta.

Un funcionario del zoológico nos acusó diciendo que había visto como grabábamos el video en vivo. Mientras los policías preparaban unos documentos para interrogarnos, nos dejaron a los tres en una especie de sala de espera.

—Lo primero que haré será aclararle a los policías que ustedes no tienen nada que ver —, nos dijo el monje con pasividad. —Las dejarán ir pronto.

Lo normal en esa situación habría sido estar muy enojada, pero el monje tenía una especie de aura positiva que no me permitía enfadarme. En cambio, Babel...

—¡Monje de mierda! —Se quejaba. —La protesta era necesaria—, se excusó el monje. —Es difícil verlo porque no estamos acostumbrados a considerar a los animales como seres iguales a los humanos. Así como el primate humano no quiere ser engañado, tampoco lo debe ser el primate gorila... ni ningún animal.

—¿Quién eres tú para decidir lo que

es mejor? —Babel estaba muy inquieta. —
No eres veterinario, monje estúpido.

En ese instante, un policía entró a la sala de espera.

—¿Babel y Claudia? —, preguntó el policía.

—Nosotras —, respondí yo.

—Señor policía—, interrumpió el monje. —Le tengo que aclarar que estas dos señoritas no tienen nada que ver con todo esto, es un malentendido. Ellas me ayudaron a grabar mi protesta, pero no sabían lo que yo iba a hacer. Déjelas ir, por favor.

—Sí, por eso venía —, respondió el policía. —Vimos el video en vivo que se subió a redes sociales. En él se ve que las señoritas están tan sorprendidas de lo sucedido como el resto de los testigos. Además, uno de ellos declaró hace un rato que escuchó cuando usted les pedía el favor de grabar—. Se volteó hacia nosotras.

—Les venía a decir que pueden irse.

—¡Menos mal! —, exclamó Babel—. Dejemos a este monje de porquería aquí solo, Claudia.

—Por otro lado, usted pasará la noche aquí—, dijo el policía dirigiéndose

al monje.

—Se le imputan los cargos de vulneración de propiedad municipal. Mañana un juez evaluará su caso.

—¡¿Cómo?! —exclamó Babel—¡¿Y no lo juzgarán por maltrato animal o por secuestro?!

—Bueno, siendo estrictos, el señor no cometió ninguno de esos delitos—, respondió el policía. —No hizo daño al bebé gorila y no se lo llevó a ningún lado, solo le dio de comer. Lo que sí hizo fue golpear al gorila robot y vulnerar los espacios restringidos del Zoológico Metropolitano.

—¡Justicia de mierda! —, dijo Babel y salió de la sala.

Me despedí del policía y del monje amablemente. El policía me dijo que en la sala de al lado debíamos firmar unos papeles de rutina y que luego nos dejarían ir. Alcancé a Babel y la llevé a firmar los papeles. Desde el mesón en el que estábamos, se podía ver al monje en la otra sala.

—Señor —, le dijo el monje al policía,

—me gustaría, si no es mucha molestia, que me facilitara un enchufe para cargar la batería de...

—¡Oh, no! No podemos entregarle su celular. Permanecerá como evidencia por ahora.

—Creo que no me expliqué bien—
Entonces, el monje se desnudó de la cintura hacia arriba, dejando al descubierto su torso. Metió sus dedos al interior de su ombligo y desde él extrajo un cable con un enchufe macho en la punta.

—Necesito cargar mi batería.

—¡Cielos! —, suspiró el policía. —
Esto complicará al juez... Dígame ¿Quién es su dueño?

—El templo Sukha.

—Bien, lo notificaré.

XII

Segundo Lugar

Categoría II: 19 - 25 años

Ariela Saavedra
VII Región del Maule
Título: El pescador

Aferrada a su chaqueta apenas podía mantenerse de pie. Había días en el invierno que su rodilla le dolía, era así desde aquella lesión que se hizo jugando básquetbol cuando tenía dieciséis años. Odiaba los meses de frío, en especial cuando algo tan aterrador estaba ocurriendo fuera. Las nubes de tormenta no ayudaban, le ponían los vellos de punta. Era definitivamente un mal augurio.

Dentro de la comisaría había un revuelo de los buenos. Susan había salido a la menor oportunidad. Llevaba casi nueve años trabajando como policía, pero jamás se había topado con algo así: un asesino. Era para no creérselo, ¿qué era lo peor que había ocurrido en el pueblo donde vivía? Estaba allí desde que nació. Solo se le venía a la mente cuando un vecino acusó a otro de robar y comerse a su vaca.

Sus compañeros habían estado vueltos locos. La palabra "peligro" sonaba en la boca de todos. Susan no se equivocó al pensar que el rumor estaba regado por el pueblo. Todos sabían de la trágica noticia: dos hombres recién llegados de la ciudad aparecieron muertos en un río. Jamás había visto un cadáver humano. Cuando era pequeña solía sostener los

pies de los conejos mientras su padre les quitaba la piel, pero eso era definitivamente muy diferente. Apenas podía creer que una persona pudiera verse así después de muerta. Registró un momento más el nuevo cadáver: era el tercero, y al ser una de los pocos policías de turno que estaba desocupado, había asistido de inmediato al lugar.

La cabeza del hombre había sido reventada a golpes. Tenía moretones en el cuerpo y su rostro era irreconocible. Definitivamente estaba vivo cuando le hicieron eso. Fue golpeado hasta la muerte.

—¡Es horrible! —, susurraba la gente alrededor.

Sus compañeros policías intentaban alejar a todos para que no vieran el cadáver, pero no estaba funcionando.

—¡No puedo creerlo! ¡Vivíamos tan tranquilos en este pueblo! —, se lamentaban otros.

Susan miró por encima de su hombro al grupo de personas, ¿por qué ir a ver el cadáver y no conformarse con saber que había un asesino suelto en el pueblo? Deberían estar escondidos en sus casas. O eran muy valientes, o muy estúpidos.

—Primero lo de la hija de Jorge, y ahora estos pobres chicos —, sollozaba alguien más.

Pensó arduamente en los acontecimientos ocurridos en las últimas semanas, pero no recordaba que nada trágico hubiese pasado antes de los asesinatos en el río.

—Y el pescador lo hizo de nuevo—, dijo uno de sus compañeros más ancianos.

Estaba registrando el cuerpo junto a uno de los muchachos nuevos. —Me pregunto quién será su siguiente víctima.

—No creo que sea con nosotros su problema —, dijo Susan. Pero nadie la tomó en cuenta. Su madre siempre le decía que hablara más alto, pero su timidez era demasiado cruel con ella.

El asesino tenía un patrón, era obvio. Susan caminó lejos de la zona para registrar la sangre que manchaba las rocas alrededor del río. Todos los muertos eran nuevos en el pueblo, algunos llevaban allí un año, otros, tres meses. Eran hombres, descartaría ese punto si aparecía una mujer, pero decidió que debía conservarlo. Solo

hombres: eso debía significar algo, ya que muchos de ellos habían llegado con sus familias,

¿Aparecerían muertos sus hijos y esposas acaso? Nuevos. Hombres. Los tres en el río. ¿Por qué? ¿Se trataba de un ermitaño que repudiaba a los ciudadanos? Eran ruidosos, es verdad, y tenían costumbres extrañas como poner la ropa mojada en una secadora eléctrica en vez de colgarla bajo el sol. Pero seguía sin ser un motivo real.

Debía haber algo más. Algo que no estaba viendo. Después de todo, ¿quién podía ser esa persona apodada "el pescador"? Solo conocía a alguien, en todo el pueblo, que asustaba a los niños, y no lo creía capaz de hacer tal cosa. Era un anciano de setenta años, con cinco perros, que pinchaba las pelotas de los niños cuando caían en su jardín.

Esa noche apenas pudo dormir pensando en el misterioso caso. En los breves momentos que sus ojos se cerraron, sus pesadillas se llenaban con sangre y gritos.

Por la mañana no tuvo tiempo de desayunar. Corrió al río ante el llamado

de su jefe. Cuando llegó, y vio tanta gente reunida, supo lo que había ocurrido: otro cuerpo. El pescador atacaba de nuevo.

—Es otro hombre muerto—, lloraba la gente amontonada alrededor.

Susan pasó entre ellos y se detuvo a un metro del cadáver. Al igual que los otros tres, su cabeza estaba rota. Era crudo, aterrador. Iba a tener pesadillas por mucho tiempo después de ver tales cosas.

El patrón era el mismo: gente nueva, solo hombres, todos en el río, en el mismo lugar, justo junto al acantilado del que las familias saltaban durante el verano. La caída no era peligrosa, debajo no había piedras, pero esos hombres estaban muertos cuando fueron aventados.

—El primero apareció el sábado, ¿cuántos más aparecerán? ¿Quién nos dice que no seremos los siguientes? —, le gritaba un hombre a los policías que intentaban mantenerlos lejos del cadáver.

—El sábado. Lo encontraron el sábado, pero lo mataron el viernes —, susurró Susan. —El segundo también desapareció el viernes, lo encontramos

ayer... —continuó con la lista. —Hoy es sábado. Anoche asesinó a este.

El asesino iba a matar al siguiente el viernes.

Susan esperó. Pasó la semana entera recorriendo el río buscando pistas que la ayudaran, pero no encontraba nada que le fuera de utilidad. El viernes llegó en un abrir y cerrar de ojos. Cuando cayó la noche ella estaba allí, esperando. Se escondió entre los árboles cerca del lugar donde el asesino llevaba a cabo sus cometidos. No dejaba mayores pistas: era inteligente.

Los cadáveres no tenían huellas dactilares de quien los atacó. Tampoco había pisadas o huellas de automóviles. Y el pueblo no tenía cámaras en ninguna parte, así que estaba protegido. Amparado por la desactualización de aquel rincón del mundo.

La niebla bajó. Cuando Susan comenzó a pensar que no ocurriría nada, miró su muñeca para averiguar la hora, pero su reloj no estaba, ¿dónde lo había dejado? Jamás se lo quitaba, sólo para bañarse y dormir, pero se lo ponía luego como si fuera parte de ella. Su madre se lo había regalado poco antes de morir. Llevarlo era como ir siempre hombro a

hombro con ella.

Estaba por salir de su escondite cuando escuchó las pisadas. Miró entre las ramas de los arbustos, intentando distinguir entre la niebla. Solo lo consiguió cuando las figuras se detuvieron cerca del acantilado.

—¡Es aterrador! —dijo uno de ellos. Era mayor, debía rondar los sesenta años, como su padre.

—Conocía a esos tipos, nos reuníamos a beber y charlar, a veces—, prosiguió.

Susan cerró los ojos, era realmente una mala idea decirle eso a alguien. ¿Acaso no se daba cuenta ese hombre que estaba a punto de morir?

—¿Eran cercanos? —preguntó la otra figura. Susan contuvo la respiración, conocía esa voz: no era la de un ciudadano, era la de una persona que nació en el pueblo y moriría en él.

—No, sólo conocidos...

Sólo conocidos, pero entre todos se pusieron de acuerdo para abusar de una

mujer. Siseó a quien ella conocía.

Escuchó el golpe antes de poder reaccionar. Entre las ramas de los arbustos era difícil distinguir correctamente todo lo que allí ocurría, pero era suficiente con escuchar la pelea. Susan se cubrió las orejas, no quería oír, no quería saber lo que su padre iba a hacer. No quería que fuera un asesino. Le repugnaba la idea de verlo con las manos llenas de sangre, pero no podía hacer nada, su cuerpo estaba inmovilizado en aquel lugar.

Tomó toda su fuerza de voluntad para ponerse de pie y avanzar entre los árboles. Cuando salió a la vista de ellos, pudo ver el desastre: su padre sostenía un hacha. Con el lado sin filo de esta, golpeaba el cuerpo del desconocido, y tan solo un par de metros más allá, estaba su reloj, roto y olvidado.

—¡Papá, detente! —, le suplicó Susan. Pero él no parecía querer hacerlo. —¡Papá, por favor!

Susan corrió hacia él. Quiso detener su brazo antes que le diera otro golpe a la víctima, pero su mano pasó a través del cuerpo de su padre como humo. Quiso

tocarlo otra vez: nuevamente no pudo. No podía. No podía y gritó debido al terror que la consumió.

—¡Mataron a mi hija en este lugar, ahora te toca a ti! —le gritó su padre al desconocido. Entonces giró el hacha, la alzó sobre su cabeza y la dejó caer.

XIII

Tercer Lugar

Categoría II: 19 - 25 años

Constanza Tapia Ojeda
Región Metropolitana de Santiago
Título: El Verano de Tozzi

Era el caluroso verano de 1980 y, a pesar de que las cosas se veían iguales, algo en el ambiente le hacía sentir a Gloria que todo era nuevo —y no era el hecho de que el éxito del verano cantado por Umberto Tozzi llevase su nombre—, era algo mucho más profundo. Ahora que el colegio era solo un recuerdo y la infancia un mal sueño, pretendía abrirse paso en el mundo tal como su abuela decía: —poniendo el pecho a las balas. Quizás este año llegaría el momento en que ella se sintiese, finalmente, como una mujer y no como una niña. Jurando que el instante se presentaría casi por arte de magia.

Su trabajo en el aeropuerto era esclavizante, pero le permitía una soltura económica que jamás conoció en su niñez, así que persistía. Además, ahí estaba su amiga del alma: Elena, con quien estudió alimentación en la escuela y que ahora se dedicaba a pelar papas junto a ella para los almuerzos, que luego se irían volando en primera clase. Elena era hermosa, mucho más linda que ella —incluso con la cofia puesta. Ya estaba casada y por eso Gloria la consideraba una mujer hecha y derecha.

El esposo de Elena, Miguel, era chofer de autobús y permitía que su mujer trabajara solamente porque la nueva casa

era bastante cara como para pagarla con un solo sueldo, o al menos eso decía a quién estuviera dispuesto a oír.

Por las noches, cuando Gloria debía volver a casa, salía al paradero más cercano a tomar el transporte que la llevaba al centro de la ciudad, corriendo peligros en medio de la profunda oscuridad y los campos baldíos. Claro, exceptuando las noches en que Martín la recogía en su auto. Martín tenía un Nissan del año anterior, de color azul. Por dentro estaba tapizado en cuero negro, siempre olía a pino y bajo el espejo retrovisor tenía una virgencita que se movía con el vaivén e indicaba la velocidad mucho mejor que el velocímetro.

Cuando él la llevaba, Gloria se sentaba en el asiento del copiloto y juntos escuchaban la radio y tarareaban con voz imperceptible. Casi no conversaban. Ella supo lo suficiente de él cuando se enteró de que estaba casado. De todas formas, estaba enamorada del modo en que él sacaba su brazo por la ventana del auto al fumar, de cómo sonreía al verla y lo coqueto de sus acciones. Pero él no lo sabía, y jamás debía saberlo. Tenía veinticinco años y ella tan solo dieciocho, así que nunca se fijaría en una chiquilla como ella.

A diferencia de Gloria, Martín era ayudante de cocina en la zona de repostería, ahí dónde pocos lograban llegar y donde solo los escogidos trabajaban haciendo mazapanes y merengues. ¡Que no daría Gloria por salir de la cocina fría! A pesar de su optimismo, deseaba dejar de pelar papas y lavar verduras de una buena vez, sus manos ya estaban aturridas con el hielo traspasado del agua y la refrigeración.

Fue una de las tantas noches en que Gloria esperaba en el paradero vacío el bus que la llevaría al centro, cuando vio acercarse el inconfundible auto de Martín. Las luces delanteras la iluminaron haciéndola sentir parte de un escenario.

—¿Te llevo?

—Gracias.

Subió al asiento del copiloto y cerró la puerta con delicadeza. Suspiró. Era imposible no estar nerviosa junto a Martín.

El camino era una boca de lobo y los destellos de la virgencita no eran suficientes para iluminar el interior.

—Me gusta esta... —, dijo él y subió el volumen de la radio. Era Mamma Maremma.

—Me gusta también.

Él sonrió y luego, sin ni un cuidado, puso una mano sobre la rodilla de Gloria.

—Te ves linda hoy.

Quedó sin palabras y sonrió tímidamente, como si se tratara del cumplido más pasajero, y agradeció con todas sus fuerzas que los latidos del corazón no fueran perceptibles. Cuando la dejó en el paradero, a dos cuadras de su casa —una tranquila calle de barrio—, se despidió de ella con un beso que casi le rozó la comisura de los labios.

Al día siguiente, mientras el frío de las papas le cuarteaba los dedos, Elena escuchaba atentamente las novedades que Gloria tenía por contar, con los ojos abiertos y las esperanzas tintineantes. A pesar de que su vida parecía perfecta, estaba lejos de serlo.

—Los muchachos de la cocina caliente dicen que está por divorciarse— comentó Elena con entusiasmo.

—¿Acaso se fijaría en alguien como yo?

—¡Claro que sí! —, se precipitó.

—¡No seas condescendiente! —rió. —Tú sabes que siempre has sido la bonita del curso— respondió Gloria.

Elena se sonrojó. Últimamente nadie le decía que era hermosa, al menos no tanto como en el colegio, dónde era conocida

su fama de tener una gran cantidad de pretendientes. Bueno, Miguel se lo decía algunas veces, cuando no llegaba a casa tan amargado y cansado por el día de manejo.

—Esa era otra vida... —respondió con tristeza.

Pero Gloria estaba tan entusiasmada que no alcanzó a leer tras las palabras de su amiga. Lo cierto es que Elena lo tenía todo planeado: en un par de semanas se marcharía, metería lo poco que le pertenecía en su bolso y se iría fuera de la capital, dónde se sentiría finalmente libre. Había tardado en decidirlo, pero la noche en que Miguel le azotó el rostro con su mano lo supo: debía irse. Anhelaba estar lejos de su marido, lejos del aeropuerto y de las papas ¡con cada respiro lo deseaba!

Los siguientes días fueron emocionantes para Gloria, porque Martín aparecía siempre por el largo camino oscuro a recogerla, como si se tratara de un pacto implícito entre ambos. La historia era siempre la misma: él llegaba, se detenía y la iluminaba. Luego ella veía su sonrisa coqueta y, entonces, todo parecía ser perfecto.

Un día, casi frente a su casa, Martín

la besó al despedirse.

—Sé que te preocupa el asunto con mi esposa... —le dijo cuando vio la cara de turbación de Gloria, a quien el beso le supo amargo.

—Sí.

—Es cosa del pasado, vamos a divorciarnos.

De pronto la sonrisa coqueta de Martín le pareció turbia, pero no le prestó mayor importancia. Su beso sabía a cigarro y menta, tal como siempre lo imaginó. El auto seguía con olor a pino, la virgen los miraba... cuando se bajó del auto y abrió la reja de su casa comenzó a llorar sin saber por qué.

Los acontecimientos se repitieron día tras día y luego, un jueves, él la llevó hasta un pequeño departamento. Puso la radio: sonó Te Amo de Tozzi. Encendió un cigarrillo, sirvió dos copas de vino barato y apagó las luces. Lo único que Gloria alcanzó a pensar fue: “puede que sea hoy el día en que, finalmente, me sienta como una mujer”. Pero no fue así.

Después de ese encuentro, Martín ignoró a Gloria, y ni siquiera se detuvo para volver a saludarla. Sin embargo, se encargó de contar a cada uno de sus compañeros la gran hazaña que había cometido con

la muchachita de la cocina fría y todos lo celebraron como a un rey.

—No fue difícil—, le oyó decir Elena.

El aeropuerto se había transformado en un infierno para Gloria. En repostería se burlaban de ella, en la cocina caliente se avergonzaban y en cocina fría nadie le dirigía la palabra.

Llevaba casi una semana de martirio, cuando, una noche, decidió salir a fumar a una de las terrazas del aeropuerto. Ahí donde todos los problemas parecían pequeños, en medio de la oscuridad entre las enormes máquinas de metal listas para volar. Comenzaba a hacer un frío casi otoñal que calaba los huesos a esa hora y, sin embargo, le pareció tener una braza de rabia en su interior, un fuego que no se extinguía con nada.

—¿Estás bien?

Elena se había acercado por su espalda, le había tomado la mano. Estaba helada.

—Sé que todo será mejor—. Mintió.

A lo lejos, desde el casino, se oía la estrofa de una canción conocida: muchacha triste, cantaré, diré a la lluvia que al caer...

Pero Gloria no respondió. De un modo u otro, sabía que no sería así, que ahora que Martín se había encargado de denigrarla, tendría que buscar un nuevo empleo y que, probablemente, tendrían que pasar años para, finalmente, olvidar la humillación a la que había sido sometida. Sintió, por primera vez, la impotencia que la marcaría para siempre como una tónica: ¿por qué él era un héroe y ella una cualquiera?

De pronto, Elena apretó su mano con más fuerza. Gloria vio su perfil y notó que era más huesudo y recto que de costumbre, tenía el mentón empinado y los párpados claros a medio juntar.

—Estoy embarazada— dijo Elena, sin previo aviso.

Gloria quedó en silencio, sin felicitar a su amiga, porque lo que vio en sus ojos llorosos le hizo adolecer profundamente. Ella no lo sabía, pero oculto en la habitación de Elena había quedado un bolso a medio hacer, lleno de ropa vieja y sueños sin cumplir.

¿Hasta dónde podría llevarlas el dolor? Se preguntó y sintió que la habían arrebatado de la infancia con un solo golpe.

Entonces, finalmente, lo supo, el momento había llegado: ya era una mujer.

XIV

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Tristán Amador Madrid Loera

Región Metropolitana de Santiago

Título: Nuestra foto está maldita como el cuadro
del niño que llora

Ahí miré su foto en la nevera. Estaba entre los imanes, esos con formas de flores que compramos en la feria de algún pueblo feliz y lejano, aquel febrero que hoy se siente triste. Parecía el retrato solemne ypreciado de otro tiempo. Cuando aún vivía Cristo. Era la foto más bonita que pudieron haberme dejado los daños... Yo había saltado sobre su espalda y él me había sujetado con sus brazos justo antes de que el camarógrafo apretara el botón de la eternidad, congelándonos en aquel papel para siempre.

Si no hubiera sido por las sonrisas corridas o el desenfoque de mis pies desdibujados en el aire, la imagen de nuestro amor habría resultado perfecta. El día que nos la tomaron, yo no sabía que él se iba a morir luego. De ser así, no sé qué habría hecho tampoco. Pero, quizás, no me hubiera quedado con este dolor que siempre cargo dentro por no haberlo sabido.

A veces creo que todavía escucho su voz por los pasillos de la casa y me asaltan las dudas de adónde se nos habrá quedado el cielo. Me pregunto por qué no me di cuenta de todo, si en su cara él lo gritaba, y en la copia bendita de sus ojos trato de

buscar alguna respuesta que no sea el silencio. Busco en el cuadro de sus labios abiertos, el adiós que no alcanzó a decirme; en el marco de su primavera algún delirio que me sirva de consuelo. Después le pido, como al santo de una estampita, que por favor me cuide y termino, inevitablemente, muriéndome.

Miro y miro la foto, y no sé si lo veo en ella; apenas me reconozco a mí mismo, montado en la euforia de una alegría que acabó en desconsuelo. Imaginarlo vivo es un péndulo que me lleva de la melancolía a la tristeza, de ida y vuelta, pero muchas más vueltas que idas.

Algo me gusta de esta foto. Debe ser que en ella no quedaron rastros del fuego que acabó con sus pasiones. Luce nuestra felicidad intacta. Apenas se arrugó un poco cuando me la guardé apresuradamente en el bolsillo y se rompió otro poco de una punta cuando le lloré encima. Pero en su materialidad no huele a pólvora. No se escuchan los gritos, ni se siente el dolor que me hundió un cuchillo en el vientre cuando lo tuve muerto entre mis brazos.

Yo quiero recordar a Cristo así, sin hoyos en el cuerpo, ni ribetes en el alma.

No como al otro Cristo, el hijo de Dios, al que todos recuerdan colgado de la cruz, agónico y herido. No. Para martirizarme ya tengo su ausencia. Y el silencio.

—¡Ay!, por ti, mi vida. ¿Dónde está el mariachi?, que quiero cantar...

No sé si exista un río en Colombia que, en su caudal, no haya llevado un cuerpo hasta el desfiladero. Tampoco si Cristo sintió en su espalda la rudeza de las piedras o el embate de las corrientes que lo condujeron al paraíso. Lo que sí sé es que verlo ahí, flotando, me sumergió la cabeza en recuerdos.

—Cuando muera, no quiero que me entierren, Tristán. — Me confidenció una madrugada, consciente, como una estrella, de su fugacidad.

—Dicen que los muertos pueden seguir soñando en el agua y, en cambio, en la tierra no—. Yo siempre evadía sus prórrogas para evitar un altercado.

—Ya no pienses más en morirte, Cristo—, le decía. Y él sonreía, pues sabía que, de todos modos, lo había escuchado. Después desordenaba la cama y ambos dejábamos que el sol se metiera por debajo

de nuestras ropas, despertando los volcanes dormidos del cuerpo.

Aquella tarde siniestra de su funeral, Cristo tenía aires de amortajado y su piel, aún lacerada, se transparentaba a través de las sábanas blancas. Su belleza estaba prohibida, pero en su lugar brillaban las flores que le lanzaba la gente. Una procesión de rosas, claveles, margaritas, narcisos y hortensias que lo seguían desde cerca, protegiendo su duermevela como un adiós inenarrable, un triste sueño del que no se podía despertar. Y verlo así, tan magullado, se sentía como dos disparos, uno en cada vuelta del corazón.

Era el sicario más lindo que pudieron ver mis ojos. Como amigo era maravilloso, pero como enemigo intolerable. Tenía una mirada salvaje, que avergonzaba a los atardeceres de la Sabana, y su cabello oscuro parecía un presagio endiablado de su suerte, sobre todo, mientras el sudor de sus carreras huyendo de los tombos se lo empapaba, pegándose a la frente. Era una de aquellas bestias que cuando llegaba donde ti te plantaba un beso sin dulzura en la jeta para que supieras que te quería. Y sus besos violentaban tanto como su fusca. Su hombría, ni mencionarla. Por ella misma

no te pedía perdón ni menos se inmutaba, si es que acaso alguna vez le reprochabas el cariño. Solo se limitaba a sonreír y a volver a besarte más fuerte, haciéndote sangrar los labios. Sin embargo, más tarde, te arrullaba entre sus brazos hasta dejarte sin respiración, morado o azul o todos esos colores que son bonitos, pero simbolizan tristeza. Pues así eran sus afectos.

Una vez escuchó mencionar en un programa de televisión, en uno de esos programas endemoniadamente religiosos, que la existencia no guardaba ningún sentido. La voz del conductor se le metió tan al fondo de la cabeza, que anidó en ella y sus enredaderas tejieron lo impensable. —Ni el amor, ni las cosas bonitas nos llevamos a la tumba—, narraba, con una mala dicción de documental barato, el predicador. Bien hijueputa, como todos los de la tele. —Al final, la vida siempre nos va a saber a mierda, hermanos—. Cristo grabó cada una de esas frases mortuorias en su psique. Debió embobarlo el agotamiento que sentía esa noche, dejándole el cerebro pasito. Las memorizó tan bien, que en cada ocasión que las utilizaba, parecían su salmo más sagrado.

No quería esta vida ni la eterna.

Cristo estaba enamorado de la muerte, pero ella nunca correspondió sus afecciones. Lo despreció cuántas veces pudo, aunque él se arrodillara a besarle la toga y a pedirle con las manos cruzadas que, por favor, cualquier día, noche o madrugada se lo llevara hacia la oscuridad de la nada. En un punto que nunca adiviné, dejó también de usar sus escapularios para que ojalá alguien lo matara en sus vueltas, pero siempre regresaba vivo y llorando por entre los vericuetos de El Poblado. Hasta que se mandó a matar.

El camarógrafo nos pidió posar debajo de las luces de la rueda de la fortuna, que giraba sin sentido, tomando y dejando parejas de enamorados. Cristo me pidió, sonriendo, que saltara sobre su espalda y giró hasta marearme. —No—, nos dijo el camarógrafo. —Salió corrida—, aclaró mientras, de todos modos, la máquina revelaba la polaroid. Cristo y yo seguíamos riéndonos de nada, cuando escuchamos la orden de posar de nuevo. —¡Sonrían! —, gritó con serenidad el camarógrafo. Pero no nos estaba apuntando con la cámara, sino con una pistola.

El flashazo de aquel disparo le abrió la frente a Cristo y nos tumbó en un reguero

de sangre escarlata. Nos caímos desde la última nube del Edén, desde la intimidad compartida y desde las promesas que no fueron canciones. Instantáneamente, perecieron sus besos, sus enormes ojos de estrella y la fuerza de sus brazos. Caducó la infinitud de su cariño y nos derrumbamos lento, mientras la pólvora detonaba los interiores de su cerebro, igual que detonan el firmamento los cohetes en la Alborada.

Por eso esta foto hace que llore. Son los fragmentos tristes de su loca vida en blanco y negro, como una película muda, un mirar de perro o como dicen que son los sueños. Por eso también la empuñé con tanta fuerza y cerca del alma, cuando todos los asistentes de la feria corrieron buscando refugio y yo gritaba sin resignación, pues no quería que la angustia fuera nuestro último y más maldito recuerdo.

Una semana después, el cadáver de Cristo desapareció en el llano del horizonte, río abajo, como si se lo tragara un precipicio sin fondo. Se iba durmiendo entre flores, mi hombre desflorado. Dejando un desconsuelo muy al fondo de nuestra cama, que siguió albergando por muchas estaciones más su aroma.

Y aunque no solicitó plegarias ni deprecaciones, me dejó un sinsentido con su nombre cruzado, y una luz de esperanza, entre la sombra de su marcha. Su ausencia se convirtió en mi peor serenata, sobre todo, en aquellos instantes donde su fantasma parece no haber abandonado las paredes del pasillo del tiempo. Ojalá cada vez que vea esta foto y llore, él pudiera salir de ella para abrazarme. No me canso ni me cansaré nunca de repetir las palabras, aunque me responda el silencio.

Cristo, dime si existe vida después de ti.

XV

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Ian-Lucas Vivanco
II Región de Antofagasta
Título: Mal agujero

El sol le daba directamente en la cara. Su rostro no dejaba de sudar y sus piernas comenzaban a flaquear. Llevaba prácticamente todo el día atada al mástil de aquel barco. Le hubiese encantado sentarse un par de minutos, pero la cuerda con que la habían atado estaba excesivamente firme y no cedía ni un centímetro. Elevó su rostro y miró el cielo. Estaba despejado, sin nubes ni gaviotas, solo un gran y eterno lienzo celeste. Su mirada parecía perdida para aquellos sucios y harapientos tripulantes que pasaban por delante de ella. Sin embargo, no le importaba lo que los demás pensarán, su atención yacía completamente en lo que estaba por venir. La parte más difícil de su plan estaba en proceso, y en cualquier momento tendría que ponerse en acción.

Dos días atrás, Perks, conocido asistente del capitán Nhor Pillson, había desembarcado en las costas de Izorous a reclutar un par de hombres. Ella, al igual que el resto de la ciudad, había escuchado los rumores de que Perks llegaría a la isla ese día y se pondría manos a la obra en el bar del Buen Timmy. Sin dudarlo, cogió su brújula y, cuidando de que su vestimenta la ayudara a pasar desapercibida, se dirigió al bar.

La fila para aplicar salía del bar y se

extendía más de sesenta yardas hacia el este. Carniceros, herreros, pesqueros e incluso pordioseros se encontraban allí en busca de la inigualable oportunidad de ser parte de la tripulación del legendario Beso de la Sirena Muerta. Ella también sabía que, de los cientos de hombres en la fila, solamente unos tres o cuatros lo lograrían. Por eso, y porque los barcos piratas no aceptaban mujeres abordo, ella entró al bar sin hacer fila. Buscó estratégicamente una mesa vacía al fondo del lugar y comenzó a observar.

Quedaban diez hombres en la fila y con una sola mirada soslayada se podía ver que ninguno de ellos se podría unir a la tripulación. Por eso ella no les prestó atención. De hecho, ya había avistado a su presa y le seguía cautelosamente con la mirada. Era un hombre no muy alto y algo delgado. Por el aspecto de sus manos podría haber sido violinista. Sin embargo, como había escuchado ella hace unos minutos, era cocinero. Su nombre era Will y, lo más importante, había sido aceptado por Perks para subir a bordo del navío.

Cuando Will entró al baño, ella se apresuró hacia esa misma dirección. Había estado vigilando atentamente este lugar, por lo que estaba segura de que no había nadie más allí. Ella entró sigilosa.

Will estaba en la letrina con la cabeza gacha, probablemente mirando cómo salía el líquido de la punta de su pene. Enroscar su brazo alrededor de su cuello y colocar la daga sobre sus costillas fue más fácil de lo que había esperado. Robarle la ropa, y un poco de información, y dejarlo atado en un cubículo fue un mero trámite. Fue así como ella logró inmiscuirse en el Beso de la Sirena Muerta.

El primer día abordó era, dentro de todo, uno tranquilo en sus planes. Tenía que analizar a fondo cada parte del barco para poder preparar su ruta en caso de que su plan "A" fallara. Disfrazada con la vestimenta de Will, que a ella le quedaba holgada, recorrió el barco de proa a popa y de estribor a babor. Creó excusas basándose en que era nuevo, de esa forma nadie levantó alarma alguna cuando rondaba por los distintos pasillos del barco. Recorrió y estudió los camarotes, bodegas, la cubierta de artillería con sus armas y cuerdas, y cada habitación que pudo. Solamente se le escapó la cámara del capitán. A pesar de que su curiosidad le cosquilleaba, se abstuvo de inmiscuirse allí.

Ese mismo día se encargó de alistar los trucos que podrían ayudarla en caso de cualquier complicación. Al día siguiente, uno de los piratas con los que

se encontraba, borracho como la mayoría en aquel lugar, bromeó acerca del sabor del pescado del día anterior. Entre la falta de equilibrio y su exceso de confianza, se meció hacia adelante y la golpeó en el pecho. Al notar la voluptuosidad, se detuvo y abrió los ojos de sobremanera; la ebriedad se había esfumado en un instante. Ella intentó correr y escapar de aquella habitación, pero unos crasos brazos la detuvieron inmediatamente. Sin darle espacio a objeciones, la llevaron a cubierta y, desnudando su torso, la amarraron a un mástil. Su plan "A" había fallado.

Una cuerda unía sus manos entre ellas y otra la ataba a la madera de su espalda. Si decidían matarla allí mismo, sería su fin. De hecho, eso sería el proceder normal al encontrar a un polizón. Sin embargo, ella era mujer, y las mujeres eran un símbolo de mal agüero, lo que volvía locos a los hombres. Ella lo sabía. Ella tenía todo muy claro desde el principio: triunfar a lo grande o morir, no había punto medio.

Cuando el sol comenzó a rozar el horizonte, ella lo escuchó. Pasos irregulares, pero firmes se acercaban. El paso de una bota caminar seguido por el de madera contra madera. Toda la tripulación pareció silenciarse. No tuvo duda alguna. El capitán Nhor Pillson se acercaba a ella.

Jamás lo había visto, pero había escuchado todas las historias que de él se contaban. Conocía de su pierna de madera, estaba al tanto de su semblante inquebrantable, su sentido del honor y su ingenio sin parangón. A pesar de todo lo que sabía, ella había venido hasta el Beso de la Sirena Muerta, y no precisamente para hacerse amiga del capitán.

En un par de segundos, el capitán Nhor Pillson se encontró frente a ella. Su rostro era tal cual se lo había imaginado. Su postura imponía un respeto indescriptible. La mujer, a pesar de que su piel se hubo erizado, se mantuvo firme, con sus ojos clavados en los de él. Nhor Pillson se detuvo ante ella. Se quedó el tiempo suficiente como para recorrerla con la mirada un par de veces, dedicándole un tiempo prolongado a sus senos. Cuando volvió a mirarla a los ojos, hizo una mueca de disgusto. Dio media vuelta y alzó la voz.

—Tírenla por la borda.

Empezó a esbozar el movimiento de su pierna para marcharse cuando ella lo interrumpió precipitadamente.

—¿No lo harás tú mismo? ¿El gran capitán Nhor Pillson del que tanto se habla no es capaz de lanzar a alguien al mar por

su propia cuenta? —. Él se detuvo, aun dándole la espalda.

—¿Qué pasa? ¡eh! ¿La pierna, esa, te deja sin fuerzas? ¿O es que...? —. Su voz sonaba coqueta, ligeramente desafiante. Él dio la vuelta lentamente hasta que sus rostros se enfrentaron nuevamente.

—¿O es que acaso temes tocar a una mujer?

Incluso las olas parecieron detenerse. Por un par de segundos el silencio fue absoluto. Nhor Pillson seguía mirándola con el mismo semblante; por fuera todo parecía igual, pero por dentro...

—¡Desátela! —, ordenó con calma y sin despegar sus ojos de los de ella.

Un pirata se acercó por su izquierda con una cuchilla en la mano. Sujetó una parte de la cuerda y, con un par de movimientos, la cortó. El resto de cuerda cayó por inercia. Ella, procurando cuidar su proceder, no se movió. Nhor Pillson se acercó y la tomó por el brazo. Con brusquedad la llevó hasta la baranda. Ella no se resistió hasta que estuvo en el mismo borde del barco. Allí podía calcular bien en qué lugar había plantado su plan de escape. Por eso, cuando se dio cuenta que necesitaba desplazarse más a la derecha,

simuló resistirse.

Ella quería ser lanzada por estribor, ese era su plan. También había planeado que el capitán se mantuviera en la cubierta superior. Por eso lo había tentado a que él la lanzara con sus propias manos, porque de no haberlo hecho probablemente se hubiera devuelto inmediatamente a su cámara.

Nhor Pillson perdía la paciencia y sus movimientos eran cada vez más violentos y secos. Repentinamente la tiró del brazo dándole media vuelta. Rápidamente su mano derecha envolvió el delgado cuello de ella, que sintió cómo el agarre la dejaba sin respiración casi instantáneamente. Por suerte para la mujer, aquella posición no duró demasiado.

—¡Muere! —, dijo el capitán en lo que pareció un susurro.

Junto a aquellas palabras, su brazo la empujó del mismo cuello hacia atrás y la desestabilizó. Ahora caía.

En el fragor de los movimientos ella alcanzó a preparar uno de los pasos de su plan: mientras él le daba vuelta y ahorcaba, ella soltaba su propia bota. Lo había logrado y cuando comenzó a caer dejó que

esta volara y cayera al mar. El siguiente paso fue más difícil: había dejado una cuerda atada y colgando a la baranda del barco. La posición y el largo eran precisas para llevarla a una escotilla, que había dejado abierta previamente, de uno de los cañones que había apartado ligeramente para dejarle el camino despejado cuando entrara. Lo que ella no tenía presupuestado, sin embargo, era que caería de espaldas, sin tener visión directa de la cuerda.

Intentó desesperadamente dar vuelta su cuerpo, estiró sus brazos cuanto pudo y cerraba y abría sus manos en busca del áspero tacto de la cuerda. Por un segundo pensó que no lo lograría. Sin embargo, lo logró. Alcanzó a agarrar los últimos centímetros de la cuerda y esta la hizo golpearse con la inamovible y loable estructura del barco, ruido que calzó con el de la bota cayendo al mar. Con dificultad y prisa se adentró por la escotilla. Estaba nuevamente a bordo.

Tenía rasmillado el brazo izquierdo, ambas piernas y el trasero. Las palmas le ardían y su torso probablemente dolería y se pondría morado al día siguiente, si es que lograba estar con vida para ese entonces.

La siguiente parte de su plan debía ser ejecutada con rapidez y sigilo. Antes de seguir avanzando se desprendió de la bota que le quedaba. Salió de donde estaba y se dirigió a la cubierta superior, donde aún debería estar el capitán Nhor Pillson. No se encontró con nadie en su camino, lo que simplificó enormemente las cosas.

Llegó a su destino y, efectivamente, el capitán todavía seguía allí, dando órdenes a su tripulación. Ella se quedó oculta tras la puerta cercana a las escaleras. Necesitaba que Nhor se acercara más. Ella estaba desarmada. Si se dejaba ver, toda la tripulación se le abalanzaría en pocas milésimas de segundos.

Respiró agitada. Este era el punto final y decisivo de su plan. Precisaba reunir fuerzas y valor. Necesitaba sentirse invencible, lo cual, a pesar de estar con el torso y los pies desnudos, lo logró satisfactoriamente.

—... ahora...—continuaba diciendo el capitán Nhor Pillson, mientras retrocedía camino a su cámara, —desháganse de todo lo que esa mujer haya tocado. ¡Ya!

Al son de ese último grito, apareció por detrás de él una mujer. Esta, con una destreza impresionante, desenvainó la espada en la cintura de Nhor. Cuando este reaccionó y dio media vuelta, ya era muy

tarde. Ella, con una fuerza descomunal, atravesó el cuello del legendario Nhor Pillson con su propia espada. La retiró y el cuerpo de él no demoró en caer exánime. Este sangraba sin cesar en el suelo.

En el rostro de ella se dibujó una sonrisa, mientras veía el cuerpo sin vida en el piso. Lo había logrado: había asesinado al capitán del barco. Y, como bien es sabido, quién lo hace se convierte en el nuevo capitán. Dirigió su mirada hacia la tripulación, su tripulación, que miraba boquiabierta la escena. Observó su nueva espada. Ella era, ahora, la capitana del Beso de la Sirena Muerta.

Espada en mano y senos al aire, se dirigió a su tripulación:

—¡Desháganse de él! —, ordenó apuntando el cuerpo en el suelo. —Lo tocó una mujer.

XVI

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Constanza Fernández Navarro
Región Metropolitana de Santiago
Título: Si tú no estás, yo tampoco

En las afueras de mi nuevo colegio atropellaron a una mujer de unos 70 u 80 años. Vi cómo fue. Ella iba lento por el cruce de cebra y el auto que doblaba no la vio. Nos miramos a los ojos y el aliento se le fue. Me invitaba a tomar once. El agua del té, estancada; huevos azules; pasteles con hongos. Mientras yo tragaba, ella decía: —gracias. Solo eso, y otra mujer en la esquina de la habitación permanecía inmóvil. Despertaba al amanecer y no podía volver a dormir.

En uno de los sueños la cara de la señora se desfiguraba hasta tornarse en el rostro de Cami y luego un espectro oscuro que se alargaba. Sus ojos, el estruendo, la sangre. Sus ojos, el estruendo, la sangre. Sus ojos, el estruendo, la sangre... una bocina. Sus ojos. Los ojos de Cami.

En el colegio nos dijeron que debíamos actuar normales o si no los apoderados de los niños más chicos reclamarían y habría un escándalo. Me mandaron mil veces a la inspección a aclarar mi relación con Cami. ¿Éramos amigas o amantes? Mientras me interrogaban, yo solo pensaba en llegar a mi casa a estudiar para las últimas pruebas. A fin de año no quisieron renovar me la

matrícula. Nosotras éramos de La Cisterna, pero con el cambio de colegio mi avenida ya era otra: Avenida Matta. Después de clases, partía por Lira hacia abajo hasta llegar al Bellas Artes a apreciar sus esculturas y tomar Morenita en el Botero. Así fue como pude sobrevivir a la ausencia de Cami, al menos hasta antes del suceso de la mujer.

*

A Sandra la conocí en una junta feminista, y a la mañana siguiente despertamos juntas. A mis 35 años jamás me había acostado con una mujer. En dictadura era complicado. Le chupé un tobillo y ella masajé mi índice con su lengua. Bailamos en su pieza de Barrio Lastarria. Su departamento era de los pocos que no sufrieron daños para el terremoto de 1985, mientras que en el Museo de Bellas Artes permanecían los escombros. Primero, un beso en el baño de algún cine que ya no existe. Luego, un almuerzo. Y así terminé casi todos los días de ese octubre fascinada mirando cómo el gato de su piso cazaba moscas. Me sentía buceando cerca de corales, una sensación nueva pero que debía reservar para pocas personas; la pelirroja era el arrecife entero. Un día fui a tocar el botón del A3. Nadie respondió. Esperé dos horas en la cuneta,

y nada. Fui cobarde. Me dio miedo. Con la dictadura nunca se sabía. Luego de eso, comencé a callar, a aislarme, a envejecer en la esquina de mi pieza. Volver a mi sillón, poner los pies en una fuente con agua. Solo eso era la felicidad. Me saqué los zapatos, masajé mis juanetes. Mi padre decía que de a poco se masajeban hasta no verlos más.

De repente, Sandra miraba al cielo en plena Alameda y llegaba un huanaco y la perseguía por la zona de la Biblioteca Nacional hasta que la pillaban y venía un gran estruendo. Desperté y fui a buscar una foto que tenía de ella y yo cuando viajamos a Sausalito. La tenía agarrada de la cintura mirando hacia al frente y ella me miraba la oreja, la misma en la que ahora tengo un amplificador. Me puse a llorar por mis juanetes, o quizá por mi falta de dentadura, la precariedad de mi oído, por mi cuerpo que no se permitió volver a bucear desde aquel día. Desde 1985 que vengo acarreado una soledad inminente que se me mete por las sábanas, me revuelve el pelo y me invoca pesadillas por las noches. “El karma de mi silencio”, he pensado, de mi nula acción ante la desaparición de Sandra. Fui tan cobarde. Siempre me lo digo al espejo.

Un día me preguntó por qué nunca había querido presentarla a mis padres, entremedio del humo del tabaco. Le contesté que era porque ella se iría a su país, a Argentina, y que revelar nuestra relación sería en vano si eso pasaba. Porque me dejaría sola. Sandra me agarró de la quijada para decirme que planeaba quedarse conmigo, arrendar alguna casona por Matta, adoptar un gato, todo eso. Pero mi orgullo no me dejó decirle que yo también quería; además, hace rato sentía que algo iba a pasar. De un momento a otro empecé a sentirme más extraña en la calle. Según yo, un Ford negro me seguía a todos lados, pero era uno de los autos más comunes así que jamás creí en mi paranoia.

Mis amigas de las juntas feministas empezaron a irse de a poco al extranjero. La DINA ya se había llevado a tres de nosotras y solo una regresó, pero esta no quiso vernos. Mandó a decir que tuviéramos cuidado con la oscuridad de la calle, con los autos, con la pinta. Sandra siempre creyó que era difícil que nos pasara algo ya que ni siquiera estábamos inscritas en el partido.

Notas y asistencia. Solo eso me exigían mis padres y que, por favor, no me metiera en más escándalos. Con un solo

año para salir era conveniente mantener el bajo perfil. Antes escuchaba a Javiera Mena con Cami, ahora lo hacía con un solo audifono puesto, jamás me atreví a usar el de sus cerillas. La pensaba en los recreos, en las clases, en el baño, en el gimnasio, en el almuerzo, en el trayecto de ida, y en el de vuelta. A veces me iba en la micro llorando. Pero después de la muerte de la señora me empecé a sentir más lejos. No era necesario ponerme los audífonos. Hasta llegué a pensar que todo había sido una alucinación por depresión crónica y que mi cabeza había inventado ese personaje para hacerme olvidar a mi Cami. Puede ser. Eso me dolía. Olvidarla. Dejar que otra mujer ocupara mis pensamientos, porque alguna vez Cami me había dicho que, por favor, jamás la olvidara porque ella tampoco se olvidaría de mí. En fin. Sus recuerdos fueron reemplazados por un elemento que me obsesionaba. En la casa de las señoras había un sillón tapado con una manta blanca; parecía la silueta de la cordillera.

—Recuerdo que ese día me fuiste a buscar a mi casa. Estabas pálida y yo no entendía lo que me decías porque hablabas muy bajo—, dijo Adela, una amiga de antaño de las juntas; repitiéndome —una

y otra vez— a través de los años, la misma historia.

—No me acuerdo de eso— dije, con mi voz automatizada.

—¿Supiste que las chicas de la junta dedicaron años a buscar a San...?

—No quiero saber— dije, interrumpiéndola.

—Bueno, deberías agradecer que al menos alguien se dedicó.

En la casa de la mujer había una silla y en ella estaba sentada la otra señora, sin ojos. Palta negra, pollo crudo; yo le preguntaba qué había debajo de la manta. De pronto veía que tampoco tenía boca. Intenté acercarme al sillón, pero algo me tiraba para atrás.

—¡Cómete el pollo! ¡No camines! —dijo la mujer que atropellaron, con la voz calma.

A Sandra le gustaba un café que quedaba en Mosquito. Me llevaba siempre que me quedaba en su casa para que le metiera los dedos. Una vez, después de esa rutina, llegamos al café y se confesó. Se había enamorado; me dijo que nunca me olvidaría porque sabía que yo jamás la olvidaría a ella. Esa era una de las escenas

que me hacían dudar de que se fue por voluntad propia. Sandra era siempre muy sincera. Yo habitaba en su cabello rojo, en su furia, en sus ganas de derrocar. ¿Dónde estaría? Ahora vivo con los pies en el agua e intento borrarte de a poco como a mis juanetes y el consejo de mi padre. Sigo soñando contigo, te veo caminar por la Alameda, reposar en el Forestal. Te veo cruzar mis paredes. Un fantasma sin transparencia. Te veo acomodarte en mi sillón para abrazarme, te veo remojar los pies conmigo, te veo matear, desnudarte antes de que empiece mi siesta.

Adela terminó diciéndome que si no quería aportar en nuestro diálogo no tenía sentido juntarnos; me confesó su versión de los hechos, como era nuestra rutina, y con mucha paciencia me dijo: —Lo siento, Marta. Me contuvo y terminé yéndome en taxi. Cuando llegué, como una réplica del pasado, había un Ford negro afuera de mi puerta.

Estaba arriba de ella, desnuda, y lo único que hacía entre nuestros jadeos era replicar su mirada antes del atropello, clavándome. Nos empezábamos a besar y era Cami, me daba las gracias. Yo aproveché de inmiscuirme en su pelo negro, lamer sus

lunares, y de nuevo era la señora, su casa, comiéndonos sobre el sillón.

Por las paredes chorreaba una especie de jugo podrido y, de repente, despierto, grito, desarmo la mesa de metal que choca con la pizarra. Me sobresalto en medio de la clase. Todos miran, pero sé que no les importo. Me mandan a inspectoría. Mis padres se rinden, dicen que tengo un problema. En realidad, solo están preocupados por mi depresión. Conjeturo que esa señora quiere algo de mí y que la otra tiene celos de que yo habite su casa. La casa de dos lesbianas: esa es la palabra. Pero yo me mantengo ahí involuntariamente, como si me hubieran encarcelado en su casa fantasmal. Quiero salir de ahí y para eso debo levantar la manta, desprender su cordillera.

Luego de ese día, me quedo en mi casa una semana. Reposo, me cocino, vuelvo a mi rutina. Trato de entender a las mujeres de mis sueños: ¿quiénes son?, ¿por qué me necesitan?, ¿por qué me persiguen a través de esa dimensión?; pero por sobre todo me pregunto ¿quiénes son?, ¿qué quieren? Agarro mi bici para rondar Gran Avenida. Voy al McDonald's del paradero 19, porque sé que Cami estará ahí con sus amigos, comiendo papas fritas con helado. Cuando

llego alcanza a percibirme. Se para de la mesa a abrazarme. No quiero irme, le digo. Jamás quise irme, dejarnos. Del auto no sale nadie, en el reflejo creo ver el cabello rojo. Está ahí y el auto parte rápidamente para no verlo más y salgo persiguiéndolo lentamente. Es lo más rápido que da mi cuerpo anciano. Estoy en la esquina de Sierra Bella con Matta y del otro lado vienes tú. Estás joven. Cruzas lento para llegar a mí. Cami se derrite en mis brazos, la señora destapa el sillón, es rojo, y sobre él permanece una lista inmensa de nombres. Ahora las dos mujeres indican la esquina e insisten con que tenga cuidado. Sandra, a solo centímetros de llegar a mí, se vuelve otra joven, una mujer más que se desvanece frente a mis ojos.

XVII

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Isidora Pinochet
Región Metropolitana de Santiago
Título: Johnny cien pesos

No fue el sudor ni los nervios, sino la extrema consciencia de sus actos lo que hizo que esta vez se demorara, un poco más, en abrir su mochila. Como si dependiera del contexto para agilizar su sentido del tacto, sus dedos hurguetearon en cámara lenta, mientras miraba entre los pies de las personas. Después de tres intentos, el hueco formado entre la cerámica y los suecos, de marca china, de la señora que tenía en frente, le daba más esperanzas que el revoltijo de galletas molidas que era su mochila.

No recordar siquiera la última vez que había comido galletas le hizo pensar que, quizás, los retos de su madre sí eran justificados y que siempre tuvo problemas con la limpieza. ¿Alguien se acordaba de sacudir su mochila? No es que le gustara ser cochino, sino que esos detalles se le olvidaban, por más que se los repitieran hasta el cansancio en la infancia. O en todos los tonos, expresión que siempre le dio risa al imaginar que un grito podía ser rojo o café.

El ruido externo de los motores y bocinas se combinaba con el sinfín de voces, cada vez más altas para poder ser oídas, desde el interior. Solo ahí las zapatillas,

tacones, chalas y botines de los punkis de turno podían convivir en paz sin que nadie resaltara. Se sintió mareado. Era extraño salirse del personaje de protagonista para detenerse a ver el conjunto. A recordarse parte del conjunto. Pese a que le costó algunos segundos ubicar las constantes dentro del caos, los suecos de en frente, la caseta y el vendedor a sus costados y los monosílabos de la pareja de atrás, fueron los puntos cardinales a los que se aferró para evitar mirar dos veces en el mismo sitio. Insistir más allá no tenía sentido. Sin embargo, cada cierto tiempo se distraía del rastreo perimetral por la búsqueda aleatoria de sus extremos. Necesitaba verlo todo, estar en todas partes, pero el terminal era gigante y su billetera pequeña. Pequeña y con dinero.

La última vez que viajó a su casa fue en Navidad. Antes de eso era difícil acordarse, pero probablemente para su cumpleaños, en agosto. Había acostumbrado a sus padres a censurar sus quejas excusándose con el trabajo, cosa que, si bien no era falsa, estaba lejos de ser la razón real de su ausencia. Volver a su casa de provincia, luego de su independencia en la capital, significaba siempre el regreso en el tiempo, el retroceso a la infancia. Ya

fuera por la falta de conexión con su nueva realidad o por una razón psicológica en el historial familiar, aún no diagnosticada; el destete que significó su emancipación, a 265 kilómetros de la casa de sus padres, se tradujo apenas en el congelamiento de su papel de hijo. La decoración intacta de su pieza era la mejor prueba. Las paredes blancas, de internet, aún guardan las marcas de cinta adhesiva de la decena de posters que colgó en su adolescencia. Del collage de bandas solo había conservado su favorito, ubicado sobre su cama hace ocho años: la portada de *Hatful of Hollow* de The Smiths. En tiempos donde hablar inglés aún era un lujo para la clase media: cualquier demostración de destreza en el idioma era sinónimo de inteligencia. Eso, a menos de que supieras dónde buscar. La única enseñanza que recordó toda su juventud fue la existencia de foros de traducciones anónimas, escondidos por todo internet.

—¿Cachabai que habla de un aborto?
—, le dijo una vez a Cami, mientras oían *The night has opened my eyes*. Las cinco lucas que le costó en la feria, el perfil contrastado de *Fabrice Colette* y los ritmos jangle pop —según leyó años más tarde en Wikipedia— cumplieron con la cuota necesaria para sentenciar, aunque

superficial y efímero, el amor.

Las personas iban y venían tan rápido que las preguntas que empezaban a su costado tenían respuesta recién un metro más allá. Por tercera vez, caminó sobre sus pasos repitiendo el circuito negocio-pasillo-asiento sin encontrar nada. La última vez que usó su billetera se compró un jugo. Cuarenta minutos después, cuando necesitaba sacar los pasajes, el bolsillo de su chaqueta estaba vacío. Se dejó caer en una barra de metal que servía de asiento. Hubiera querido desvanecerse, fundirse, pero el hormigueo en sus piernas lo obligó a pararse. No era el único caso. A juzgar por los repentinos saltos de las personas a sus costados. Los asientos, lejos del descanso, apenas servían de impulso en la espera del próximo bus. Un terminal es un lugar de paso. Un lugar para ir, pero nunca para estar.

Los recuerdos se difuminaban con el paso del tiempo, pero la escala es un misterio. A cada minuto, el bulto en su bolsillo parecía más una idea implantada en su cerebro que algo real. Repasó sus opciones. La única forma de avanzar era admitir la peor idea.

“Hola, disculpe, soy Matías, perdí mi billetera y no sé cómo viajar a mi hogar, ¿me podría ayudar con una moneda?” ensayó en su cabeza. No podía ser tan difícil, pero romper la barrera de la vulnerabilidad con un extraño era un reto que jamás, en sus 24 años de vida, necesitó. Mientras buscaba entre los rostros un gesto amable para empezar su búsqueda, recordó a todos los mendigos a los que ignoró en su vida. “Todos” era un eufemismo, en su mente no había voces o caras, solo la imagen de caricatura hollywoodense de hippie caído en desgracia y con olor a alcohol.

— Hola, soy Ma... ¿Hola? —

De niño, su madre tiraba más de su brazo cuando se cruzaba con estos extraños sentados en la cuneta. Nunca le preguntó por qué, entendió, de forma innata, que no era una señal de peligro, sino que así debía ser. La miseria quizá no se contagia, pero verbalizarla era incómodo, antinatural. No dar dinero en la calle era una rutina aprendida.

— Disculpe, perdí mi billetera, ¿me podría ayudar con una moneda?

Al único que le asociaba identidad era al Johnny. Johnny, como el de la película, porque pedía exclusivamente monedas de \$100. Era querido, tan querido como

podría serlo un perro, un chupacabras. Una mezcla de compasión y mitología generaba su sombra fermentada en alcohol. En el colegio jugaban a imitarlo. Ahí, cuando los tazos y las cartas ¡Yu-Gi-Oh! se volvían parte de la rutina, el López o el Cáceres gritaban a los demás: –Una gambita pa’ una cervecita, mi máster–. El juego era simple: todos tomaban un lápiz, que hacía de moneda, y corrían por el patio al escuchar el grito. Si te pillaban, perdías.

Sin embargo, aunque todo el mundo siente ternura con un cachorro recién nacido, son pocos quienes se atreven a acariciar a un perro de la calle. Aunque con el tiempo el olor a humedad y vino tinto se transformó en parte del paisaje de las calles de Talca. El misterio por su pasado, por su verdadera identidad, lo terminaron relegando siempre a un segundo plano. El Jhonny era como la mierda, un problema inevitable.

Fue esta desconfianza a lo desconocido lo que hizo que todo el quinto básico A le creyera a Rojas cuando dijo que el Jhonny le había roto la nariz a un abogado por darle luca. Solían jugar con su historia, inventarla, manosearla, amenazarse con ser los Johnnys del futuro.

¿Por qué le das dinero?, le preguntó una vez a su abuela, —por lo sincero—, respondió. De todos los borrachos del centro, el Johnny era el único que nunca tuvo problemas en admitir que juntaba plata para seguir tomando.

— Hola, soy Matías, perdí mi billetera, ¿podría... — Era inútil. Nadie parecía percibirlo. Su presencia se mezclaba con el paisaje y ni siquiera una mirada recibió en la primera hora. Un ardor mezclado con violencia recorrió todo su cuerpo. Hizo cálculos. Veinte, doscientos, miles de pobres huevones debían estar chupando hasta reventarse con el dinero pagado por pena y él, tan limpio, tan digno, tan moral, seguía atrapado entre dos ciudades ajenas.

Faltaba poco para las once de la noche, pero en el terminal se sentía como mediodía. Los rostros habían cambiado, pero él seguía ahí. A las tres horas de intentos fallidos y unos cuántos comentarios a sus espaldas, siempre en la desconfianza de —¿y este no trabaja? —, dejó de frustrarse. No se rendiría. Estaría todo el tiempo que fuera necesario para recuperar lo suyo.

— Me robaron, ¿me podría ayudar con una moneda?

La misericordia es un intercambio menos buenista de lo que se cree. A menudo, apenas sirve para regodearse sin perder, para ayudar solo en la medida en que no sacrificamos nada. A sabiendas de que nosotros tampoco cambiaremos nada. Ese recelo aprendido, el querer ser mejor que alguien, es, tal vez, lo único que nos une como sociedad. ¿Él donaría a la Teletón si no fuera por la presión mediática? ¿Daría dinero al Hogar de Cristo de no preguntarle directamente cada cajera en el supermercado? ¿Se hubiera negado al Johnny?

Limpio, digno y moral. Su decencia era el mayor problema.

—¿Una gambita pa' una cervecita, mi máster?

Y en completo anonimato, una moneda de \$100 relució en su mano sin notar de dónde venía.

XVIII

Mención honrosa
Categoría II: 19 - 25 años

Montserrat Zamorano
Región Metropolitana de Santiago
Título: Polvo

Enterré a mi madre hace once meses. La encontré yaciendo en su cama. Casi parecía que estaba durmiendo plácidamente. Con algún que otro pelo negro entre las canas, y la boca abierta con la lengua un poco asomada, me decía adiós. El funeral no había tenido ningún mensaje realmente conmovedor, a excepción del mío, por supuesto:

"Mamá, fuiste una mujer escrita por otra, plasmando sus deseos y convicciones, siendo fuerte e imparable. Que se comió el mundo, a pesar de su timidez. Que amó al mundo tal cual es, y que nunca juzgó a nadie. Madre tierna y benévola. Me gustaría hablar contigo desde acá abajo, que hubiese oportunidades donde nos viésemos cara a cara, que me comentes si Dios existe o es solo un cuento. Que me dijese que me extrañas y me besases la mejilla. Mamá, gracias por ser tú misma y jamás querer impresionar a nadie. Mamá, un beso al cielo".

Me acerqué a verla por última vez, ¿a qué olería?, ¿a algún perfume artificial, o a muerto? Quizá una mezcla de ambas. Ese perfecto cristal separaba dos generaciones. Llevaba su labial rojo y un vestido azul con flores blancas. Su pelo se veía sedoso y

tenía hasta un poco de rubor. ¡Oh!, querida madre, aun muerta estabas hermosa. Vi cómo las personas fingían sus llantos y mostraban una supuesta preocupación por mí y mi hermana Inés, que andaba de viaje en el exterior. Mas todos esos pésames no tenían sentido alguno, pues ella misma me había confesado, a mí exclusivamente, que no tenía el menor interés en venir. Yo me había puesto mi mejor traje negro para ir acorde a la situación y, a pesar de que me hubiese encantado llamar un poco más la atención, no era el momento. Mientras bajaban el ataúd, a medida que lanzaban flores, se me aguaron los ojos de oír tantos tristes lloriqueos. Aposté a que, si Inés hubiese venido, habría llorado también, y se le habría roto su ruda imagen anti-madre.

Me desperté un poco maníaco, no pude salir hasta subir y bajar las escaleras cuatro veces. Me miré en el espejo y noté que estaba delgado como fusta, y que mi barba debía, ya, afeitarse. Deslicé la cortina de la ducha y abrí las pequeñas puertas que están bajo el lavabo (para asegurarme de que no hubiese alguien escondido, independiente de que nadie cupiera allí, a excepción de un niño circense). Cerré la ventana y apagué la luz, para que, en

caso de que sí estuvieran espíandome, fuese más complejo ver en la oscuridad. No obstante, orinando me sentí observado, así que escapé corriendo del baño.

Más tarde salí de la casa dando con la polvorienta villa y emprendí camino al café. Me encontré con una vieja amiga, “la Sepúlveda”: Blanca Sepúlveda. De corta melena del color de una guzmania naranjita y ojos de aceituna; con la cintura de avispa y una sonrisa de ensueño. Me pareció gracioso que ella anduviese vestida de blanco, mientras que yo andaba entero de negro. —Pareciera que vienes de un funeral—, me dijo, a lo que yo respondí que ese era precisamente el escenario, y era probable que lo entendiera como hipérbole. A pesar de todo el tiempo que había pasado ya, quería hacerle honor a mi madre. Se disculpó y la invité a sentarse conmigo. Conversamos un largo rato. Le pregunté qué había hecho ese tiempo, mientras me daba cuenta de que la deseaba. Me dijo que había audicionado para una obra de teatro y otras cosas más que no le escuché, porque realmente no me interesaban. Solo me dediqué a asentir cada cierto segundo. Me despedí, de repente, dejándola un poco desconcertada. En una de esas me estaba confesando que no ama a Mauricio, y me

excusé diciendo que iba atrasado para el trabajo. Ya iba tarde diez minutos, perfecto para robarme el protagonismo. Si Dios estaba de mi lado, todo saldría tal y como yo quería.

Manolo Rodríguez, hombre de treinta y cuatro años, muerto en un choque automovilístico provocado por un conductor ebrio en la autopista. Me acerqué a él, su cara no se parecía nada a lo que yo me había imaginado: era mucho más apuesto. ¿Su vida amorosa habría resultado absurdamente más fácil por el privilegio de ser guapo? Era probable, aunque tenía cara de idiota con pies (eso no quería decir que no era interesante). Traté de leerlo, pero su expresión no decía mucho, era algo irónico viendo las caras de todos los demás. Esta vez los discursos sí eran dignos de un funeral, casi tan buenos como los míos. Poco antes de que fuera mi turno, me empezaron a sudar las manos, inundadas en el arrepentimiento de haber venido. Sin embargo, me armé de valor y terminé yendo al frente para dedicar unas palabras. Me ovacionaron con un par de aplausos, los suficientes para sentirme satisfecho y, al terminar el entierro, se me acercó la esposa del difunto, preguntándome quién era yo. Le mentí, claramente, le dije que era un

íntimo amigo que Manolo conoció por casualidades de la vida durante el tiempo de la universidad, en una playa brasileña (Facebook ayudaba un montón).

Me dirigí a casa en medio de la penumbra, con ladridos de perros que ya no me asustaban y grillos escondidos en arbustos. Mi gato solía recibirme todas las noches, pero esta vez fue diferente. No respondió a mis llamados ni al olor del pescado que le serví. Se hizo presente cerca de la medianoche. Me trajo un zorzal, pequeñito, cafecito y con el cuello quebrado. Pensé en arrancárselo del hocico, pero no tenía sentido alguno, después de todo, a Cipriano de seguro le había tomado tiempo, paciencia y dedicación atraparlo. Cipriano solía ser un gato silvestre, por eso le gusta cazar, está en su naturaleza.

Me quedé despierto fumando un cigarrillo, aunque no me gustara, ya le había agarrado costumbre. Alguien tocó mi puerta: era mi vecino, el señor Sandoval. Un viejo tan canoso que su pelo parecía plata. Bien peinado, con un centenar de verrugas en la cara y fornido hasta los dedos de los pies. —¿Qué se le ofrece, señor Sandoval? —, pregunté susurrando, pues eran las dos de la mañana. —¿Ha visto usted a mi

querido zorzal? —, respondió con otra pregunta, desesperado. Le respondí que sí, se lo quité a Cipriano y se lo entregué en sus temblorosas manos.

Era domingo y hojeaba las páginas del diario, leyendo algo que era importante pero aburrido (es un secreto que era economía), cuando me invaden las ganas de sentir esa adrenalina de ser descubierto. Partí a la iglesia a preguntar por los muertos, y el cura, dudoso, me comentó que había un funeral mañana en la mañana, Bernarda Salinas de dieciocho años, cáncer.

Su madre llorando encima del féretro me conmovió. De pronto me dieron náuseas el pensar que alguna vez estaré así, dentro de una caja por el resto de la eternidad. Me enojaría un montón que aparentaran alguna pizca de cariño por mí, cuando paso la mayoría del tiempo a solas sin que nadie me llame. La mujer caminó lentamente hasta mí, como arrastrando los pasos, cosa que era bastante incómoda en el pasto y con taco alto. Lo único que hizo fue abrazarme, me di cuenta de que era ciega porque le costó encontrarme y yo me encontré con sus ojos de cristal. Le deseé lo mejor y me fui envuelto en mi gran y

cálida chaqueta de polar.

Mientras me afeitaba, me corté. Un corte superficial, pero ardía como mil demonios. Me lavé la cara y la sangre no quería parar, así que me puse una tiritita. Pero antes, toqué la herida y me chupé los dedos, ese particular sabor a fierro que me recordaba a mi niñez, cuando tenía que lavar mis heridas por las caídas en bicicleta. Recordé la ceremonia de mañana y empecé a pensar en qué podría decir en el discurso y cuál sería mi atuendo. Érica Villegas, tenía nombre de profesora de historia.

Un grito ensordecedor. Un hombre rapado y enorme estaba siendo empujado unos metros más allá del entierro. Debía ser su marido, cuya esposa buceaba y falleció ahogada en el mar. ¿Qué pasaría si me acercara y le dijese que no me importaba su mujer?, ¿quién fue y cuáles fueron sus hazañas? ¿Me molería a combos? ¿O quizás era un pacifista? Me aguanté las ganas, porque sabía que no ganaría nunca esa pelea, se notaba demasiado forzado.

Durante esa tarde, me llamó Blanca Sepúlveda, quería verme. Accedí. Quise, de repente, contarle todo, pero sabía que me tacharía de loco, así que me contuve. Sus delicadas manos, imposibles de tocar

algo dañado, levantaron la taza de té y tranquila dio varios sorbos. Miré por el balcón y traté de controlar el impulso de querer lanzarme, a la vez que pensaba que probablemente nadie iría a mi funeral. De ser así, me gustaría que llevaran hortensias azules. Romántico. Suspiré.

—¿Qué me ocultas? —. Es como si me hubiese leído la mente. Volví al presente e hice contacto con sus tiernas pupilas, enormes y negras. Era su manera de coquetearme, haciéndose la mujer interesante con preguntas misteriosas, ya era algo obvia nuestra atracción.

—¿Me creerías si te digo que he ido a más funerales que tú a bautizos, matrimonios y fiestas? —. Rompí mi promesa de no contarle nada.

—Lamento tus pérdidas—. Fue lo único que soltó.

Sus carnosos labios me hicieron olvidar todo lo demás. ¿Y si mejor dejaba todo botado? ¿Y si mejor me iba a Valparaíso con ella, me enfrentaba a su marido, y le clavaba una estaca de jardín en la espalda?

Ambos nos quedamos quietos. El sonido de una sirena de ambulancia había entrado al barrio. Al rato, alguien golpeó suavemente la puerta. Supuse que era Isadora, la hija de mi vecino. Y no me equivocaba. Se lanzó a mis brazos sollozando por su padre y pude ver cómo Blanca se acercó para separarla de mí, y abrazarla diciéndole: —Ya, ya, Isadora, tú eres una mujer fuerte—. Curiosa forma de cubrir sus celos hasta en un momento así de trágico.

Sonreí para mis adentros, pero tampoco sentía mucha emoción, ya que el muerto era alguien que sí conocía. Es que la emoción solo venía del desespero entre ser descubierto y no serlo. Cuando llegué al cementerio pude detenerme a admirar los grandes ramos y arreglos florales que había en la entrada. Dinero rápido pasando de mano a mano, sonrisas consoladoras y baldes llenos de agua. Compré un remolino rojo (aprovecharía de visitar a mamá) que tenía forma de flor, y tenía unas pelusas pegadas a los pétalos. Su punta, dura como palo y oscura. Había preparado un discurso burdo y cuando lo recité, nadie dijo nada, proseguí a sentarme. Estaba en el funeral más aburrido del mundo.

—Hola, mamá—, dije antes de agacharme a limpiar la sepultura con un paño húmedo. Fingí rezar, para ver si podía engañar a Dios, pero sabía que era inútil,

—Él lo sabe todo—, me decía mi abuelo. Me preguntaba si acaso tendría un lugar en el cielo, después de todo, yo tenía más cosas buenas que malas, aunque debo admitir: sería mucho más gracioso y entretenido morir y descubrir que nos reencarnamos, y volver al mundo para molestar a los católicos.

Iba llegando a casa y divisé a Cipriano, felino negro, mirándome con desprecio desde la entrada (como buen gato que era), ¡no quería a nadie como a él! Tal vez no era algo mutuo y me detestaba por mi incontrolable obsesión, pero yo no tenía la culpa. Entré y me eché en el sillón. Volví esa maldita sensación de querer controlarlo todo, así que prendí y apagué la lámpara del living diecisiete veces, quemando el foco. Se sentía tan bien saber que yo podía controlar la luz. Volví a donde estaba. Me tiré la diminuta costra del cachete. Como autocastigo por haberla sacado, me prohibí ir al baño por varias horas. Fue tanto que estuve a punto de hacerme pipí ahí, en el sillón de la sala de estar. Mientras me lavaba

las manos, vi una pequeña e insignificante salpicadura de sangre. Me pareció raro. Estaba casi seguro de que había limpiado todo muy bien, pero yo con mis problemas de memoria no aportaba mucho.

Sonó una notificación en mi teléfono. Blanca, otra vez. Quería visitarme. Le dije que sí. Cuando llegó, inevitablemente cruzamos miradas y nos dimos cuenta de que queríamos lo mismo. Me despertó el sol. Supuse que estaba entrando entre el vidrio de la ventana y la cortina roja. Blanca me había dicho el otro día, que este miércoles enterrarían a un muerto, y faltar no estaba en mis planes. Escuché un gemido y pegué un brinco del susto. Era el reconocible llanto de Inés, pero en vez de reaccionar, me quedé estático. No sé quién creía que era para llegar y entrar así. Era probable que tomase las llaves debajo de la alfombra, pero, aun así, ni siquiera me había avisado que había vuelto. Además, vería desnuda a Blanca y eso volvería las cosas más incómodas, en un cien por ciento.

Traté de estirarme, pero mis músculos dolían, y me dieron a entender que no se moverían. Bostecé y apreté los ojos con fuerza, ya que el sol estaba demasiado

potente. De seguro Blanca había subido la cortina: era toda una madrugadora. Abrí los ojos. Me invadió el terror. Se me pusieron los pelos de punta y sentí el reflujo en mi garganta, como si el lago sureño más frío me cayera encima; y mi pecho se infló, deteniéndose antes de exhalar. Mi vista se movió de un lado a otro, desesperada al igual que yo, en busca de una confirmación a mis sospechas. El cielo claro y la caja apretada. Toqué mi suave chaqueta negra, estaba vestido. Chistoso que en mi bolsillo aún tuviese unas monedas. Silencio absoluto, tal y como yo lo había imaginado, nadie había venido a excepción de Blanca y mi hermana. Si mi madre siguiese viva, ¿habría venido?

Vi a Blanca acercándose. Era su turno, y puso sus labios junto a mi oído izquierdo.

—A mí también me gusta ir a funerales—, pude oír su lento y maligno susurro a la vez que me veía del otro lado del vidrio, oliéndome. Vi el peso de su cartera y pude adivinar que llevaba una pistola dentro. Una mujer que se atreve a tentar todo. Sentí escalofríos ante la macabra verdad. Y yo me convertiré en polvo.

IXX

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Andrés Varas Madrid
Región Metropolitana de Santiago
Título: Espectador

Esa tarde, después de un sueño intranquilo, Vicente despertó en el cuerpo de alguien más. Observó frente al espejo el aspecto descuidado del hombre con cabello azabache en quien ahora estaba encarnando; y solo entonces se percató del pútrido olor que invadía el departamento.

Pese a los intentos que hizo de levantar bolsas, cajas vacías de algún local de comida rápida y prendas húmedas que se encontraban repartidas por el suelo, redujo todas sus opciones en cuanto aparecieron las primeras arcadas. Tambaleante por la poca costumbre que le traía la estatura de su nuevo cuerpo, se arrojó hacia la ventana más cercana y la abrió después de apartar las persianas, con desesperación, para poder tomar algo de aire fresco.

— Debe ser 15 de Julio... — murmuró para sí mismo, todavía mareado.

Su hipótesis era cierta, lo confirmó después de revisar la fecha en el celular de ese desconocido. Otra vez estaba ocurriendo. Otra vez había vuelto a tomar la vida de alguien más.

Fue meses atrás en Estación Central. Vicente se encontraba de pie frente a las vías tratando de dispersar cualquier vestigio de duda sobre lo que estaría a punto de hacer cuando llegara el siguiente

ferrocarril a la estación. Miró varias veces a los costados tratando de armarse la idea de que nadie de los que estaban ahí podrían leer todo lo que pasaba por su cabeza.

Una parte de él deseaba que cualquiera de los presentes le detuviera, ya fuese esa mujer oficinista que revisaba su reloj de forma ansiosa o ese grupo de estudiantes que reían como si nada más en su vida tuviera importancia. Pasaron los segundos, los minutos y nadie vino.

Cuando una voz pregrabada advirtió por el megáfono que solo quedaban 3 minutos para la llegada del ferrocarril, sintió su respiración agitarse. En ese momento observó lo poco que podía ver del cielo, en ese espacio tejado cubierto de enormes tragaluces; y maldijo su vida, maldijo sus condiciones, maldijo el estar de pie en ese lugar sin tener nadie a quien culpar por su vida.

El sonido del tren acercándose a la lejanía, le hizo derramar lágrimas y cuando finalmente lo tuvo cerca emprendió carrera hacia la vía. Escuchó la sorpresa de muchos. Todos parecían notarlo en lo que creía serían los últimos momentos de su vida hasta que ocurrió lo impensable: sus pies se enredaron y cayó al suelo golpeándose en la cabeza antes de poder saltar.

El 15 de enero la noticia de un intento de suicidio en Estación Central se tomó los canales de televisión y llenó de comentarios las redes sociales.

No supo más de lo que ocurrió durante esa tarde hasta que llegó el día siguiente, cuando se llevó la sorpresa de haber despertado en el cuerpo de una mujer llamada Emilia. Desorientado y sin entender lo que ocurría, trató desesperadamente de explicarle a esas personas que se hacían llamar su familia, que aquel no era su cuerpo, pero, cuando las amenazas de llevarle a un psiquiátrico se hicieron presentes, supo que el silencio se había vuelto su único aliado.

Esa misma noche, antes de irse a dormir en la cama de una completa desconocida, trató de pensar sobre lo ocurrido, desde que había reencarnado hasta que había viajado a una realidad paralela gracias a alguna fuerza mística. Ninguna de las ideas fue suficiente para Vicente, que desde siempre se había caracterizado por ser una persona escéptica a los fenómenos sobrenaturales.

Reflexionó hasta que los ojos le pesaron y luego de un lento parpadeo, que se extendió por varios minutos, el ambiente a su alrededor cambió. Estaba

en un hospital. Había vuelto a su cuerpo.

Vicente, un 15 de Julio, despertó en el departamento de un desconocido. Despreció en ese momento haber despertado en el cuerpo de alguien tan descuidado, por lo que, aguantando el hedor, decidió tomar las llaves del departamento, el celular y un abrigo para luego largarse tan rápido como pudo de dicho ambiente. Al salir a la calle, todavía le perseguía esa pestilencia, como si se hubiese impregnado en lo más profundo de su nariz.

— ¿Tanto le costaba limpiar la ropa? O, siquiera, el departamento. ¡La ropa! —, refunfunó con una expresión de asco en el rostro al ponerse la chaqueta para evadir el frío.

No sabía qué tipo de vida llevaría ese miserable, pero ser en quien encarnara por esa ocasión estaba lejos de considerarlo algo grato. Revisando el celular detenidamente, se fijó que estaba explotado de notificaciones, tuvo la suerte (o más bien la desdicha) de que no tuviese clave porque solo entonces pudo acceder completamente y leer mensajes desde distintas redes que, al desplegarse, dejaban al descubierto una serie de amenazas.

“¿En qué cacho te metiste, cabro?” Pensó, mientras trataba de contextualizarse,

a sí mismo, leyendo las conversaciones. Por un momento agradeció que ese papel duraría solo un día. A esas alturas, no era la primera vez que cambiaba de cuerpo con desconocidos. Había experimentado todo tipo de vidas a lo largo de seis largos meses: un empresario con una casa en los barrios altos, una mujer de campo, un profesor del Instituto Nacional y otras tantas.

Fue tres meses después del incidente en Estación Central que empezó a notar el patrón. Desde que maldijo su vida, todos los meses su consciencia se trasladaba, el mismo día, al cuerpo de un desconocido. No había relación alguna entre ellos, ni su lugar de residencia, ni su edad, ni su género. Era siempre al final de la jornada que regresaba a su cuerpo original.

Algunas vidas le agradaron más que otras, pero, ninguna le terminó de encantar.

— ¡Jor-ge! —, gritó alguien al otro lado de la calle, acompañado de los chiflidos de otras personas que también buscaban llamar su atención. Su cabeza se giró por sí sola, como si el hombre a quien encarnaba hubiese decidido atender al llamado.

— Sí, es él — escuchó a uno hablar

por lo bajo cuando le vieron la cara.

— ¡Agárrenlo antes de que se vaya!
— ordenó el cabecilla.

Cuando Vicente vio el trote poco amistoso de los hombres que cruzaban la calle, sintió como todos sus sentidos se pusieron en alerta y, sin pensarlo dos veces, echó a correr tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Ellos no tardaron en seguirlo y eso fue para él un mal augurio.

Con un vistazo rápido, supo que estaba en algún lugar entre las calles del centro de Santiago, pero no fue capaz de orientarse para premeditar alguna ruta de escape.

No sabía por qué lo seguían, pero la mala reacción del grupo le daba la impresión de que sería él quien pagaría las consecuencias de algo que Jorge había hecho durante este tiempo, algo que le había afectado lo suficiente como para descuidarse a sí mismo y a su propio departamento.

La persecución no duró mucho más. La poca costumbre en ese cuerpo le hizo tropezar a los pocos metros, y la paliza que recibió fue instantánea. Entre golpes que

iban y venían desde todos lados, estando completamente aturdido, solo consiguió escuchar sobre una deuda.

Tardaron un rato en irse, no sin antes llevarse sus zapatillas y su celular, dejando tras de sí una serie de improperios y amenazas que desaparecieron tan pronto como los perdió de vista. Vicente estuvo en el suelo varios segundos tratando de recuperar el aire, maldiciendo la vida de ese pobre diablo, cuyo lugar tomó como por azar de la vida para salvarlo de esa golpiza.

Boca arriba y observando el cielo, pensó en que de todas las vidas que había experimentado en esos meses, definitivamente, esa era la peor. No sabía de qué tipo de persona estaba hablando. Quizás de algún embustero dispuesto a engañar con dinero a la gente, o bien, alguien que había recurrido, como medida desesperada, a pedir dinero prestado a alguna mala junta para poder vivir.

Remontándose atrás buscó refugio en alguna de sus otras vidas, quizás en el dinero de ese ejecutivo de clase alta, o en el trabajo de aquella mujer de campo. Fuese cual fuese la vida que acabara escogiendo, siempre había algo de lo que quejarse en el repertorio. Ninguna vida se sentía suya. Todo era impropio. Todo era solitario.

Todo era ajeno a su propia persona. “Al final del día”, pensó, dormiré y despertaré de regreso en mi habitación. Ese fue su consuelo.

Esperó la noche ahí en la calle. Después de todo, no tendría que hacerse cargo de esos dolores ni de tener que pagar nada al día siguiente. Entre parpadeos que le hicieron saltar en distintos puntos de la madrugada, sintió la mirada de varios transeúntes hasta que las calles se vaciaron.

Despertó, después de un sueño intranquilo, en una habitación que no era la suya. Vicente se levantó en el mismo desaliñado departamento que le había visto despertar anteriormente, era primera vez que, tras pasar la noche, no regresaba a su cuerpo.

Los nervios empezaron a carcomerlo cuando unos golpes agresivos se presentaron en la puerta nuevamente llamando a ese tal Jorge. Tenía que escapar. Tenía que largarse de ahí lo más pronto posible, si no quería volver a recibir una golpiza como aquella que le habían dado.

Entonces, se puso las zapatillas y tomó el celular que reposaba sobre el colchón, para luego remover las persianas a los costados. Su vía de escape desesperada fue gracias a una escalera de emergencia

que colgaba por el costado de los departamentos, cerca de la ventana, por lo que en cuestión de minutos se encontraba corriendo nuevamente por las calles.

Bastaron unas cuantas cuadras para darse cuenta de que algo andaba mal. Su cuerpo no se veía tan delgado como el de Jorge. Su aspecto era ligeramente menos descuidado y no quedaba rastro alguno de los golpes que le habían proporcionado. Por otro lado, estaba seguro de que llevaba puestas las zapatillas que le habían robado junto con el celular.

No tardó en encender la pantalla y lo que observó lo dejó perplejo. Justo debajo de la hora que se dibujaba con números blancos, se anunciaba la fecha: 15 de enero.

— ¿Retrocedí en el tiempo? — el mundo de Vicente se vino abajo.

Recordaba perfectamente esa fecha, era el día en el que, tras maldecir su vida, cometería un intento de suicidio en un andén de Estación Central. La angustia se apoderó de él cuando consideró la idea de que quizás, en esa segunda oportunidad, lograría su cometido.

Vicente corrió tan rápido como pudo a la estación de metro más cercana y, evadiendo a diestra y siniestra, buscó abrirse paso entre la gente. En el recorrido no dejaba de observar la hora, sabía cuándo ocurriría, porque recordaba

haber planificado ese momento en varias ocasiones.

Si no llegaba a tiempo, las oportunidades de recuperar su vida se esfumarían por completo. Mientras se acercaba al andén de Estación Central, sintió cómo, minuto a minuto, se desprendía de sí la esperanza de recuperar su cuerpo. Jamás había deseado tanto volver a vivir como Vicente: una vida que, si bien no dejaba de tener problemas, se sentía como suya.

La advertencia de una voz pregrabada sonó en los parlantes de la estación, y el sonido, cada vez menos distante del ferrocarril, se hizo presente. Justo cuando creía haber llegado a tiempo, Vicente se divisó a sí mismo a la distancia. Varios metros les separaban; no llegaría a tiempo para detenerse, sin embargo, para cuando los vagones frenaron, no hubo nadie que hubiese saltado a las vías para acabar con su vida.

Atónito, Vicente se observó a sí mismo subir a un tren con rumbo desconocido. Su cuerpo original se perdió a la distancia y el hombre permaneció de pie en silencio sobre el andén. Entendió, entonces, que, mientras maldecía su vida meses atrás, alguien más también maldecía la suya tratando de vivir una como la de Vicente.

XX

Mención honrosa

Categoría II: 19 - 25 años

Eva Merino

Región Metropolitana de Santiago

Título: Noche de pesadillas

El oráculo y yo nos encontrábamos sentadas en lo que parecía ser un anfiteatro, mientras se proyectaba en la pantalla una película.

—¿Qué es lo que me tienes que decir? —, pregunté.

—Se acerca la noche de pesadillas—, dijo sin despegar la vista de la pantalla.

Volteé para observar la escena. Se mostraba a una mujer que dejaba a una niña. La pequeña le rogaba para que no se marchara. ¿Por qué me sentía tan incómoda? Se me hizo un nudo en la garganta.

—Esta es una historia de hace ya veinte años: una mujer que dio a luz a una niña por la cual había rogado, al cielo, tener.

—¿Qué relación tiene eso con la noche de pesadillas?

—La niña, que hoy es una mujer, es la portadora. Aparecerá en un mes. No podrán detenerla—. Sacó un amuleto del bolsillo de su pantalón.

—¡Toma!, esto te servirá cuando llegue el momento.

En el ambiente comenzó a sonar una

canción de manera extradiagética. Era hora de despertar. Mi pareja de cacería me sacó de la ensoñación.

—¿Qué te dijo? ¿Algo importante?

—Todo lo que me dice es importante. Tenemos que ir a ver al general—. Nos dirigimos al cuartel de inteligencia.

—Se acerca la noche de pesadillas en un mes, eso fue lo que me dijo.

—¿Quién es el portador? —, preguntó el general de inteligencia.

—Una mujer de veinte años, que nació de forma vivípara, señor.

El silencio invadió la sala. Luego, un integrante de otra división se largó a reír.

—¿Estás hablando en serio? La reproducción vivípara quedó obsoleta hace un siglo. ¡No te creo!

—El oráculo nunca se equivoca—, repliqué.

—¿Sabes algo? Siempre me ha parecido sospechoso que el oráculo solo se comunique contigo, ¿no estarás inventando todo?

—¡Silencio! —, intervino el general.
—Es cierto que el oráculo nunca ha fallado. Bueno, entonces, tenemos que investigar acerca de todos los nacimientos en los hospitales de la ciudad desde hace aproximadamente dos décadas. Mientras tanto, seguiremos mitigando las ciber pesadillas de la población civil.

Las ciber pesadillas son el gran problema de la humanidad en el siglo veintidós. Causantes de la mayoría de los ataques terroristas, sin explicación aparente. Fueron creadas hace, aproximadamente, una década por un virus informático que afecta a la red interneuronal de la persona infectada, corrompiendo su humanidad, quedando como portadora del virus. Ante esta amenaza, desde la policía de inteligencia, surgieron los cazadores de pesadillas.

Luego de la reunión, mi pareja me invitó a almorzar al restaurante asiático que visitábamos habitualmente. Somos equipo desde el entrenamiento de cazadores. Nuestra afinidad en el examen final fue del noventa y ocho por ciento.

—¿Sabes?, siempre quise preguntarte algo: ¿por qué eres cazadora de pesadillas? Miré al techo del local pensando en la respuesta.

—Supongo que todo fue cosa del

oráculo. Un día, cuando tenía doce años, se me apareció por primera vez en un sueño. Desde entonces, he aprendido todo lo que sé acerca de la ensoñación.

—¿Y tu familia qué opina?

—No tengo padres, me crio mi abuelo. Él también falleció, hace dos años—. Se quedó un minuto en silencio.

—¿Qué pasa?

—Es que... tuve un sueño raro anoche—, dijo en un tono serio. —Y tú te despedías.

—¿Me despedía? ¿Y adónde me iría?

—No lo sé.

Parecía que tenía que decirme algo más, pero la alarma de la central que nos avisa sobre una pesadilla cercana nos interrumpió. Bueno, después de todo esa era nuestra labor, cazar una y otra pesadilla que se engendrara entre las personas sin descanso.

Y así, transcurrió un mes. Sin ninguna pista de quién podría ser la portadora de la noche de pesadillas. La

fecha cúlmine estaba ante nosotros. Las nuevas órdenes del general indicaban que todas las divisiones de cazadores se prepararan. Mientras nos dirigíamos al laboratorio del sueño, observé, por un leve instante, a través de los ventanales del edificio de inteligencia la sutil y bella combinación de colores del atardecer. Tenía la extraña sensación de que sería el último que vería.

—¿Estás segura de querer hacer esto?
—, me preguntó mi pareja.

—Somos cazadores de pesadillas, es nuestro trabajo.

—Sí, pero... ¿Y si solo nos vamos a otro lado?

—¿Otro lado? No entiendo.

—Nos iríamos solo tú y yo, juntos.

—¡Ya están listas las camas! —, avisaron desde el laboratorio.

—Tenemos que ir—. Bajó la mirada decepcionado.

—Pero, mira, después de terminar con la noche de pesadillas, iremos juntos

a cualquier lugar que tú quieras, ¿De acuerdo?

Subió la cabeza. Su mirada tenía un brillo especial que nunca había visto en él. Asintió con una sonrisa.

Nos conectamos al laberinto de la ensoñación que nos había proporcionado inteligencia. En esta oportunidad, me tocaba a mí ser la arquitecta del mapa donde aparecería la noche de pesadillas. Mi gran habilidad entre todos los cazadores era parecida a la de una radio en la antigüedad, pues al concentrarme lo suficiente, podía sintonizar y ubicar la frecuencia de los diferentes elementos que poseía un sueño.

El laberinto consistía en una copia bastante bien lograda de la ciudad real. Cerré los ojos y me concentré en ubicar a la portadora. Sin embargo, no lo lograba, era como si mi ubicación coincidiera completamente con la del objetivo.

—¿Qué pasa? —, preguntó el general.

—Yo...—, mi voz tiritaba.

—¿Estás bien? —, preguntó mi pareja.

—Yo... yo... ¡yo! ¡yo soy la portadora de la pesadilla!

De pronto desperté desesperada en un lugar diferente. Esta pieza me es familiar. Había una mujer a mi lado. ¿La conocía? Sí, pero no recordaba bien de dónde. Yacía en un llanto desconsolada, mientras me abrazaba muy fuerte. No lograba ver su rostro. Esta sensación es la misma que tuve al ver aquella película con el oráculo. ¿Por qué? No entiendo.

Hasta que al fin pude ver su cara. ¿Es el oráculo? Pero mucho más joven.

—¡Mi hija! ¡mi preciosa niña! —. Me dio un beso en la frente.

¡Ah, cierto! ¡Ahora entiendo! Esta mujer es el oráculo y también mi madre.

—Siempre voy a estar contigo—, fue lo último que me dijo antes de irse.

—¡Mamá, no te vayas! ¡Mamá! — grité con todas mis fuerzas, pero ella se dirigió hacia la puerta, cerrándola detrás de sí.

Este es mi dolor, mi pesadilla.

Abrí los ojos al sentir un fuerte temblor que me sacudía. Mi pareja me estaba cargando mientras corría. A lo lejos se visualizaba la noche de pesadillas.

—¿A dónde vamos?

—¡Despertaste! ¡Tenemos que salir de aquí! No podemos pelear contra esa cosa.

La pesadilla tomó la forma de una araña gigante que alcanzaba el cielo y sus pisadas eran tan grotescas que generaban temblores en el suelo.

—¡Bájame! ¡Esta es mi pesadilla! ¡Yo debo eliminarla!

—No te dejaré aquí con esa cosa.

Un pisotón fue tan fuerte que el suelo se partió y ambos caímos. Recordé aquel amuleto que el oráculo me había obsequiado. Lo saqué de mi bolsillo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos! — Negué con la cabeza.

—Yo debo terminar con esto.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡Dijiste que estaríamos juntos! —, se desesperó.

—Y lo estaremos. Siempre voy a estar contigo—. Al fin logré comprender esas palabras. Es mi turno.

Me abrazó. Irónicamente, nunca antes había sentido un abrazo tan real como este. Me recordó al último que me dio mi madre.

—¡Te quiero! —, me dijo entre lágrimas.

— ¡Yo también te quiero!
¡Despierta! —. Invoqué la palabra clave para salir de la ensoñación.

Miré el amuleto. Se desprendió una formidable espada. La monstruosa araña, al verme empuñarla, pegó un alarido de ira. Comenzó a dirigirse directamente hacia mí. A tan solo unos metros, me alcé hacia los cielos y con un solo corte certero, la partí en dos. Se deshizo al instante.

—¡Esa es mi hija!

Volteé al escuchar la voz del oráculo. Sonreí y corrí a abrazarla. Ella me correspondió.

—Ahora te toca a ti—, me susurró al oído.

—Sí, lo sé.

Pasaron algunas noches antes de que recibiera a mi primer visitante, quien resultó ser, ni más ni menos que mi pareja de cacería.

—¿Buscas al oráculo?

—Tú...—, me miró por unos segundos algo confundido —¿Quién eres?
¿Yo te conozco?

Sonreí ante la inocencia de sus preguntas. Fueron exactamente las mismas que hice yo a mis doce años, cuando vi a aquella mujer en mi sueño.

—Me presento, yo soy el oráculo—. Repliqué su respuesta con exactitud.

Autores

Categoría 15 a 18 años

Josefina Crisóstomo
Francisca Izeta
Rosita Holmes
Tarek Salah
Agustina Silva
Amanda Varela
Martín García
Jenmyzher Hernández
Maximiliano Waugh
Valentina Lara

Categoría 19 a 25 años

Ariela Saavedra
Montserrat Zamorano
Constanza Tapia
Tristán Madrid
Ian-Lucas Vivanco
Constanza Fernández
Andrés Varas
Eva Merino
Matías León
Isidora Pinochet

ISBN Obra independiente: 978-956-7247-92-9

Síguenos en

 Cultura UNAB
 @cultura.unab
 cultura@unab.cl
 cultura.unab.cl

